Arquitrave

Rowena Hill • Abu Mohammed Salih Ben Abi Charif al-Rundi
Renée Vivien • Pepe Barroeta • Marco Martos
Francisco Torres Córdova • Olga Khokhlova • Dorta Jagic
Katho Gómez • Jesús Montoya

Aun cuando no lo cumpliste

Otras, porque no lo cumpliste,
fueron mis amigas.
No obstante, al verme ante el rostro de la muerte,
o cuando asciendo a las perdidas cumbres de los sueños
o al sentir el reparador efecto de la uva,
siempre,
me encuentro con tu rostro,
tú, que nunca cumpliste
aquella honda promesa.
[*A deep-sworn vow*]

W. B. Yeats
(Trad. de Harold Alvarado Tenorio).

Arquitrave
Harold Alvarado Tenorio • Director
Ángel Castaño Guzmán • Editor
http://www.arquitrave.com
ISSN: 1692-0066
nº 60, Junio-Setiembre de 2015

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín, A. J. Ponte, C. A. Valencia, C. Peri Rossi, D. Balderston, D. Cordero, E. Calderón, E. Restrepo, G. Angulo, G. Álvarez Gardeazabal, J.C. Pastrana Arango, J.L. Osorio Guzmán, J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, J. F. Calle, J. G. Álvarez de los Ríos, J. Saltzmann, Libélula Libros, L. A. de Villena, L. M. Madrid, M. Al-Ramli, P. F. Arango Tobón, R. Arraiz Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

Ascuas de una llaga viva

Harold Alvarado Tenorio

La poesía, como casi todos los productos de la era de las multinacionales, parece producida en serie… Una lamentable edad media de cartón vive la poesía. Otro tanto puede decirse de sus fabricantes y consumidores.

La última generación de poetas en norte y sur América es una sociedad limitada para gozar de las prebendas que este raro producto puede deparar. Y Nueva York es el centro de sus operaciones, sus debates, sus comidas anuales y sus cócteles publicitarios.

No obstante, como se sabe, el poema es consustancial al hombre, no necesariamente al válido, ni al sacerdote, ni al burócrata, ni al mendigo del poder. Por ello los verdaderos poetas vuelven a producirse en soledad, casi en silencio.

Rowena Hill, inglesa de origen, vive y escribe en Mérida, después de haber abandonado no sólo su país, sino casi que su lengua, y prácticamente haber olvidado las tradiciones de nuestro tiempo para regresar, o intentar, mejor, una nueva comunicación, creando un lenguaje, con el paisaje que la adoptó.

Conocí a la señora Hill en su pequeña casa del Valle en Mérida. Sería el medio día cuando llegamos y tuvimos que buscarla cerca del río donde estaba paseando con sus perros y uno de sus caballos. Descalza, con los pies todavía húmedos a causa de sus travesuras con los animales en el agua, lo primero que comentó fue el estado de felicidad que vivía al estar en comunicación con la naturaleza, con el lenguaje total del cosmos. Ella era así un elemento más del mundo natural y no "el hombre" o "la mujer". Sus hijos comparten también esa vida. Son parte del universo más que del mundo social.

Llegada la edad de la madurez después de haber viajado por diversos continentes y escrito algunos ensayos eruditos sobre poetas anglosajones, especialmente Keats, la señora Hill, a medida que se descubría como un elemento de las aguas, el fuego, el aire y la tierra, fue escribiendo poemas cuyos ciclos están regidos por dos fases lunares: creciente y menguante, y que como el astro que refleja luz, están escritos en estrofas (mejor sería decir *stanzas*) donde los objetos agregados al mundo aparecen y se disuelven en el texto.

Yo encuentro en estos textos mágicos de la señora Hill muchas de las calidades que han desaparecido en la poesía de hoy. Hill permite saber cómo el poema, la lírica, no ha muerto. Y su generoso oficio, lejano del poder, aislado de las multinacionales de la poesía, nos concilia de nuevo con este oficio milenario que ha estado siempre en las manos de los desheredados, de quienes han vivido exilios, duros exilios ante el lenguaje corriente de sus tiempos; herejes cuya hoguera siempre ha sido una música que toca al desterrado de sí mismo, buscándose en las palabras para no perecer en la vigilia.

Los poemas de la señora Hill no son de fácil lectura. Una primera mirada hace verlos - dependiendo del ojo que los mira - aparentes. Una más memorosa delectación nos depara jugosas frutas, viajes, tejidos, espejos, memorias de una vida entregada al equilibrio de las formas, a la búsqueda de un lugar de reunión con los seres que la han vivido. Rowena Hill celebra las ascuas de una viva llama, su paso por el mundo.

Penélope busca vidas

Carlos Contramaestre

La materia huidiza de los poemas de Rowena Hill se sistematiza en tres secuencias fundamentales: identificación con la naturaleza, visión introspectiva, presencia de la soledad y la muerte, y retorno dialéctico a la naturaleza. Primero responde a una suerte de exaltación amorosa a lo elemental y cósmico - y sin tocar la oscuridad - eleva loas exultantes al sol engendrador o busca la invulnerabilidad infinita de la piedra, en franco desafío a lo temporal, perecedero. Esa tendencia manifiesta a trasladar el amor a la naturaleza emparenta su poesía con Emily Dickinson, en la cual el objeto poético se desvanece y deviene en atmósfera sugerente. En los poemas de Hill la visión panteísta emana como respuesta escéptica frente al hombre. Luego la luz se trastoca en sombra, la vida en muerte, transmutaciones corroboradas por la diosa de focas y luciérnagas, la sibila negra o la guardiana oculta, en sus disfraces luctuosos. Poesía compleja y contradictoria en sus significaciones: la claridad, como pudiera presumirse, no es vida plana, sino hundimiento y noche. Y si hay posibilidad de resurrección es a través de la identificación con lo inmutable y eterno, que la naturaleza propicia como presencia tornadiza. Lo vedado en la poesía de Rowena Hill es su capacidad de entrega; su proposición se acrecienta y fundamenta en el rechazo de la soledad. Penélope que busca su origen en las vidas, hilos dislocados en el vacío existencial. Alusiones nostálgicas a vivencias del pasado: símbolos intemporales, reyes desparecidos, coronas resplandecientes, dragones, sueños medievales y tormentos. Rowena Hill explora el paisaje del llano y aprehende en su poesía rasgos de nocturnidad y

transición de lunas que revientan horizontes e iluminan por dentro su vasta soledad.

En otros de sus poemas surgen imágenes alquímicas que expresan el universo como espejo, inversión necesaria para percibir los ruidos del alma o el orden de oníricas geometrías.

No ha habido dificultad para que Rowena Hill - cosechadora de joyas elementales - en un idioma que no es el suyo haya logrado equilibrar la palabra no retórica, con la reflexión profunda. Y en medio de lo incierto, de la soledad cotidiana y opresiva, en los sus poemas retorne a la naturaleza donde encuentra su verdad primaria o la iluminación del ser, solicitando, más bien, las fuerzas elementales que le dan la vida trascendente.

Realista y transmutadora

Juan Liscano

Desde las raíces de su ser galés y, por lo tanto, celta, Rowena funda su existir creando el gran círculo cósmico de lo terreno y lo espacial. Esta actitud poética arranca del yo, del ego, para liberarse del mismo, en una explosión de vivencia realista y transmutadora.

Por lo tanto, estamos ante una genuina expresión, un tanto salvaje, de poesía, entendiendo ésta no sólo como una artesanía del lenguaje y la complacencia confesional tan abundante - el poema del romanticismo y de la modernidad es mucho más egolatría que metáfora - , sino como una manifestación ritual antiquísima de renovación de la vida, consistente en el sacrificio del amante-flor en aras de la doble fecundidad de la Gran Madre Naturaleza: muerte y vida.

Dentro de ese marco a la vez realista y mítico, Rowena Hill bucea en ella misma, asciende, sale a la superficie, inicia la procreación y sacrifica con una nostalgia difusa y constante, acción-guerrera, al joven Eros carnal sometido a los cambios de estación.

En verdad, el sacrificio ritual del hijo amante-flor mueve a Rowena, simultáneamente, a un extraño realismo mítico sexual, orgánico y misterioso como el que expresa en un poema como 'Toro, luna', y a una exasperación de maternidad telúrica destructiva como en 'La Bestia'. Confiesa:

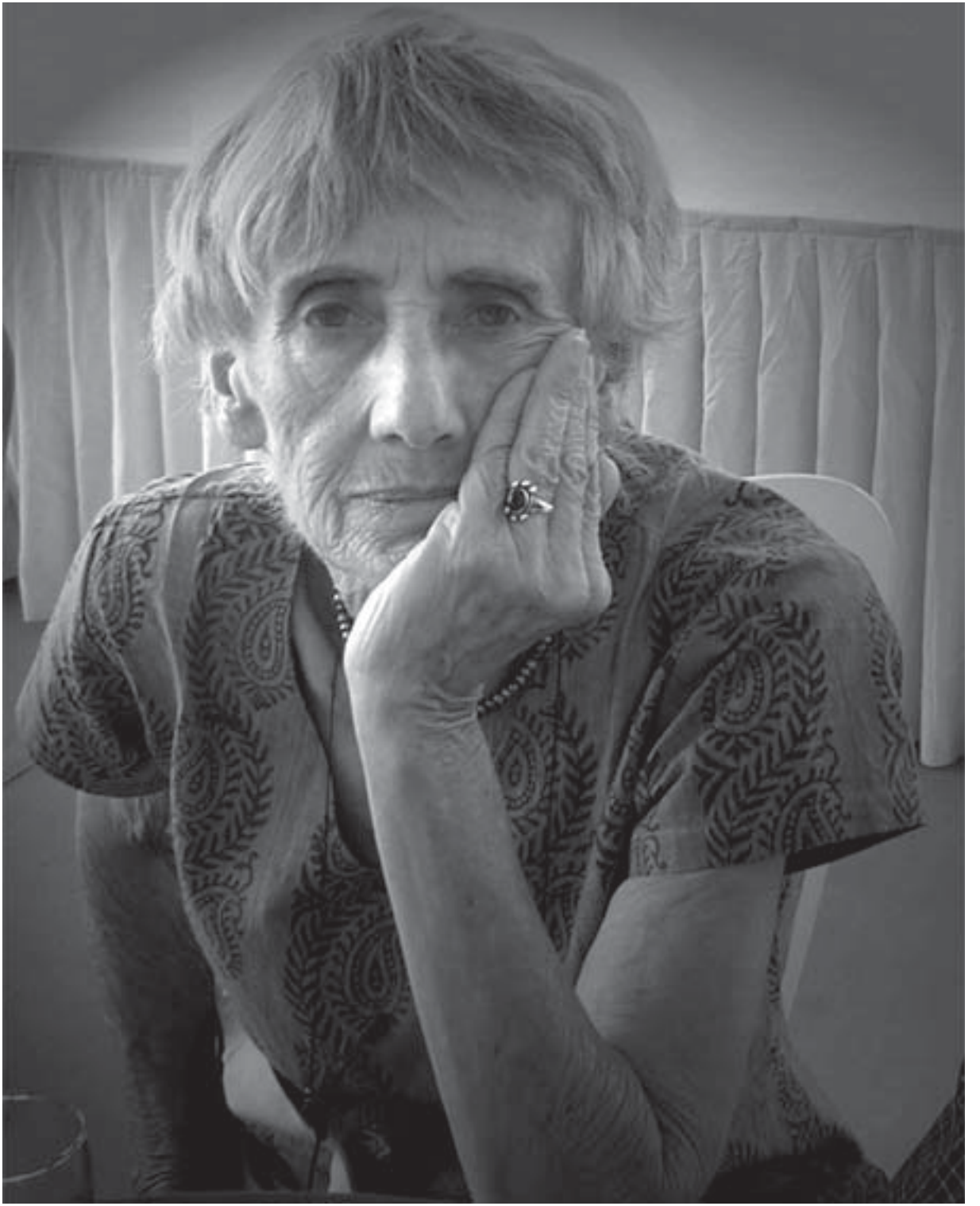
me dejo llevar
a la confluencia de los contrarios
y encuentro el amor

entre cuchillos y cenizas.

Sobre esta naturaleza femenina con algo de bacante y algo de guerrera, persiste ahora, en lo que llama su decrepitud, la lucidez de si misma en el tránsito cumplido:

No me hace falta mirarme en el espejo,
muestra sólo lo plano de la historia,
desde que mi edad engranó con la de la tierra
y compartimos nuestra decrepitud.

La poesía de Rowena Hill, en definitiva, levanta hacia la inteligencia del lector posible, las huellas de sus pasos dentro de los espejismos que suscitan y las ácidas realidades que los extravían.



Rowena Hill

Elementos

El inicio es luz,
la luz engendra sus paquetes
sol, célula del cerebro,
se alarga en música.
Luz ¡toma tus cuchillos radiantes
templa y afílalos
raja y acribilla los materiales inertes
los desechos cuajados,
revienta los sinapses oxidados!

El espacio es el entorno vacío
que nos recibe
donde se estiran los dedos
y se ensanchan los ojos
hasta las estrellas más remotas.

Aire aliado invisible
la piel lo conoce por sus caricias
sus embates,
penetrándonos asegura la continuidad,
es base de la alquimia,
lleva los significados hacia afuera
rugido murmullo
voz múltiple.

La vida es flujo,
lo líquido es tiro onda filón
urgencia en venas y arterías,
ríos grandes y gotas de lluvia responden a la sed.
¡Riéguenme!
Soy mi propia sequía
mi propio aljibe.

El fuego es recuerdo remoto
sepultado en las tripas
- allí trabajan sus descendientes -
o cicatrices en la fe por la selva en llamas.
Sólo como metáfora somos salamandras.
¿Y el sol?
¡Te saludo mi dios!

La tierra es escombro excrementa
cría de muchas generaciones
de roca que nace del fuego,
arde rojiza negra amarilla
invitando las semillas alimento para las semillas,
las lombrices intercambian con ella su sustancia.
En mí la tierra es carne
elementos en una estructura casual
henchida y táctil
ansiando allá donde su tiempo se agota
descomponerse en humus.

Fetos

La voluntad que se encarna,
un solo diminuto renacuajo
resbaloso entre la baba
sobreviviente electo

Nadador enroscado
fingiendo órganos frágiles
para una vida en el agua
combate el ahogo

Pájaro flacucho en un espacio
que comprime las alas,
el deseo de volar
se infundió en tus células
brota todavía en los sueños

Hocico y patas
cabo o más de una cola,
un 'casi' perturbador;
recordamos correr buscar,
¿dónde inicia nuestra diferencia?
¿Se cala en el útero
o explota en el primer grito
en lo que devasta la luz?

Abu Mohammed Salih Ben Abi Charif al-Rundi

La caída de Sevilla

Cuanto sube hasta la cima,
desciende pronto abatido
al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
el bien caduco y mentido
de este mundo!
En todo terreno ser
sólo permanece y dura
el mudar.
Lo que hoy es dicha o placer
sera mañana amargura
y pesar.
Es la vida transitoria
un caminar sin reposo
al olvido;
plazo breve a toda gloria
tiene el tiempo presuroso
concedido.
Hasta la fuerte coraza,
que a los aceros se opone
poderosa,
al cabo se despedaza,
o con la herrumbre se pone

ruginosa.
¿Con sus cortes tan lucidas,
del Yemen los claros reyes
dónde están?
¿En dónde los Sasánidas,
que dieron tan sabias leyes
al Irán?
¿Los tesoros hacinados
por Karún el orgulloso
dónde han ido?
¿De Ad y Temud afamados
el imperio poderoso
do se ha hundido?
El hado, que no se inclina
ni ceja, cual polvo vano
los barrió,
y en espantosa ruina
al pueblo y al soberano
sepultó.
Y los imperios pasaron,
cual una imagen ligera
en el sueño;
de Cosroes se allanaron
los alcázares do era
de Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
cayó el soberbio Darío
muerto en tierra.
¿A quién la muerte perdona?

¿Del tiempo el andar impío
qué no aterra?
¿De Salomón encumbrado
al fin no acabó el poder
estupendo?
Siempre del seno del hado
bien y mal, pena y placer
van naciendo.
Mucho infortunio y afán
hay en que caben consuelo
y esperanza;
mas no el golpe que el Islam
hoy recibe en este suelo
los alcanza.
España tan conmovida
al golpe rudoso siente
y al fragor,
que estremece su caída
al Arabia y al Oriente
con temblor.
El decoro y la grandeza
de mi patria, y su fe pura,
se eclipsaron;
sus verjeles son maleza,
y su pompa y hermosura
desnudaron.
Montes de escombro y desiertos,
no ciudades populosas,
ya se ven;

¿qué es de Valencia y sus huertos?
¿y Murcia y Játiva hermosas?
¿Y Jaén?
¿qué es de Córdoba en el día,
donde las ciencias hallaban
noble asiento,
do las artes a porfía
por su gloria se afanaban
y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
que el Betis fecundo baña
tan florida?
Cada ciudad de éstas era
columna en que estaba España
sostenida.
Sus columnas por el suelo,
¿cómo España podrá ahora
firme estar?
Con amante desconsuelo
el Islam por ella llora
sin cesar.
Y llora al ver sus verjeles,
y al ver sus vegas lozanas
ya marchitas,
y que afean los infieles
con cruces y con campanas
las mezquitas.
En los mismos almimbares
suele del leño brotar

tierno llanto.
Los domésticos altares
suspiran para mostrar
su quebranto.
Nadie viva con descuido,
su infelicidad creyendo
muy distante,
pues mientras yace dormido,
está el destino tremendo
vigilante.
Es dulce patria querida
la región apellidar
do nacemos;
pero, Sevilla perdida,
¿cuál es la patria, el hogar
que tenemos?
Este infortunio a ser viene
cifra de tanta aflicción
y horror tanto;
ni fin, ni término tiene
el duelo del corazón,
el quebranto.
Y vosotros, caballeros,
que en los bridones voláis
tan valientes,
y cual águilas ligeros,
y entre las armas brilláis
refulgentes;
que ya lanza poderosa

agitáis en vuestra mano,
ya, en la oscura
densa nube polvorosa,
cual rayo, el alfanje indiano
que fulgura;
vosotros que allende el mar
vivís en dulce reposo,
con riquezas
que podéis disipar,
y señorío glorioso
y grandezas;
decidme: los males fieros
que sobre España han caído,
¿no os conmueven?
¿Será que los mensajeros
la noticia a vuestro oído
nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
hartan con sangre su sed
los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
como hermanos!
El mismo Dios adoráis,
de la misma estirpe y planta
procedéis;
¿por qué, pues, no despertáis?
¿por qué a vengar la ley santa
no os movéis?

Los que el imperio feliz
de España con alta honra
sustentaron,
al fin la enhiesta cerviz
al peso dé la deshonra
doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
que de pompa se rodean;
y son luego
los que en bajo menester,
viles esclavos, se emplean
sin sosiego.
Llorado hubierais, sin duda,
al verlos, entre gemidos,
arrastrar
la férrea cadena ruda,
yendo para ser vendidos,
al bazar.
A la madre cariñosa
allí del hijo apartaban
de su amor;
¡separación horrorosa,
con que el alma traspasaban
de dolor!
Allí doncellas gentiles,
que al andar perlas y flores
esparcían,
para faenas serviles
los fieros conquistadores

ofrecían.
Hoy en lejana región
prueban ellas del esclavo
la amargura,
que destroza el corazón
y hiere la mente al cabo
con locura.
Tristes lágrimas ahora
vierta todo fiel creyente
del Islam.
¿Quién su infortunio no llora,
y roto el pecho no siente
del afán?

Renée Vivien

Antonio Lucas

Reneé Vivien fumaba cigarritos finos incrustados en boquillas de vampiresa. Era una de la inquietantes inquilinas de un París muy loco tomado por los cosacos del frío, por la gallofa de la madrugada, por los poetas parnasianos y los malditos de intemperie. Ese París 'fin de siècle' donde los sueños aún eran ciertos e imposible su herida. Aquella tribu torcida que acampaba en los bares de madrugada era su familia y, por elección, su raza. Sentía la libertad cerca, a su lado, hueso con hueso. Y ejercía de amante desbocada, de poeta furibunda, de mujer revuelta capaz de hacer que los más desenvueltos del lumpen hipasen ante ella como pequeños burócratas. Se presentó ante el mundo como una dama vestida de hombre que ejercía un desafío donde no tenía sitio el decoro.

La joven Renée Vivien era una poeta insólita en medio de aquella tropa de artistas alucinados que sobrevivían de pediluvios de cocaína y del azúcar de disolver la absenta en la copita de dedal. Funcionaba con un ritmo temerario en medio de una zarabanda de amantes y desclasados. Su lucidez daba miedo en la noche. Era, además, una dama rica. Muy rica. Tenía el alma inverosímil de quien se sumerge en la atmósfera luminosa del desarraigo con algo de rayo fulminador, con algo de mascarón de proa, con mucho de insólita. La poeta Renée Vivien había nacido en Londres en 1877. Llevaba por nombre Pauline Mary Tarn. En medio del puritanismo de la sociedad victoriana, la muchacha encontró el signo algebraico de su diferencia en la poesía y en la homosexualidad. El gusto por el escándalo era la señal de la cruz de su tierna infancia, que se

Renée Vivien

recrudeció en la adolescencia con unas borrascas fabulosas cuando le atacaba la pasión por su vecina y amiga Violet Shillito, de la que se enamoró sin tregua ni medida pero que murió en 1901, cuando para Reneé empezaba lo mejor.

Aquel primer zarpazo le dejó un mordisco limpio y una debilidad por las violetas y el color morado. En su indumentaria andrógina no faltó nunca el retal nazareno. A los 21 años heredó una fortuna de su padre y marchó con urgencia a París a hacerse un sitio entre los poetas. Ese mismo año daba allí el último suspiro, pobre y olvidado, Oscar Wilde. Instalada en un piso burgués de la Avenida del Bois de Boulogne (número 23), Pauline Mary pasa a ser René. Y Ms. Tarn se convierte en 'mademoiselle' Vivien. Con el nombre nuevo y asumiendo el francés como idioma, en 1901 lanzó su primer libro de poemas: 'Études et préludes'. Un año después publica 'Cendres et poussières'. Y en 1904 sucede la transformación completa, cuando da a la imprenta 'Évocations', un conjunto de versos plenamente parnasiano. Entonces René le suma a su nueva identidad una letra más, Renée (Renacida). Y comienza el festival.

La biografía de Vivien se acelera estrepitosamente. Las madrugadas, el alcohol, las drogas, la enfermedad y la androginia de quien una mañana despertó, cogió la libertad por el rabo y se echó a andar por la ciudad con una estela de satanismo dotada de hermosas torturas mentales. La norteamericana Natalie Clifford Barney se convierte en su primera amante. La relación es tortuosa: 'Dame los besos tuyos amargos como lágrimas,/ de noche, cuando aquietan los pájaros sus vuelos./ Poseen nuestras cópulas, largas y sin amor,/ júbilo de rapiña, crueldad de violaciones', le escribe en el poema Victoria. Renée se exhibe en París como una nueva Safo, cantando su homosexualidad por todas las esquinas. Lleva la cara de una palidez empolvada. El pelo disparatado, levita de arrapiezo, chistera de duende.

El escultor Auguste Rodin oye hablar de los excesos de aquella nueva inquilina del atardecer y sale en su busca para fijarle los volúmenes excéntricos. Hace de ella una escultura poderosa y un mal busto en bronce. El trabajo disgustó a Renée, que renegó de esa pieza y del artista. Parecía una damisela loca, con reflejos dorados de estibador. Los pintores querían pasarla por el caballete de sus estudios, pero era difícil de atrapar. Su mundo incógnito y su potencia escurridiza la convertían en un oscuro objeto de deseo que nunca se llegaba a concretar. Pocas mujeres alcanzaron en tan escaso tiempo la leyenda vibrante de una chica enamorada del mundo clásico que reprochaba a su madre el que no le hubiesen enseñado griego en la infancia. Su casa estaba empedrada de muebles antiguos y de una colección fenomenal de estatuillas, iconos y budas. Vivía instalada en un sueño, ayudada por el láudano que traía de sus viajes a China, a Egipto, al Medio Oriente, ataviada con joyas de Lalique.

Alterna los poemas con la novela. Alterna amantes con otras amantes. La baronesa Helène Zuylen de Nyevelt, una de los Rothschild en París, pasa a ser su otro desvelo. Casada y madre de dos hijos, mantuvo la relación en secreto, pero viajaban juntas y se dejaban ver en los salones burgueses. Renée Vivien habla de sexo a bocajarro. Escribe de sexo sin censuras, acelerando su gusto por la perversión y su rechazo a los deseos frustrados. Practicaba todo lo que la imaginación podía abarcar. Era un ejemplar único en un París que aún aceptaba personajes impares, de los que sueñan con un mundo estético sin más reglas que las que marca el instinto. La pasión es en ella un destino absoluto. Y cuando no esperaba a nadie irrumpe en su vida una tercera pasión: Kérimé, la mujer de un diplomático otomano que utiliza el velo que impone la tradición islámica y con la que inicia una devastadora relación que va de la correspondencia a los encuentros clandestinos.

La existencia de Renée Vivien está siempre a punto de saltar por los aires. Ella escribe como dopada de la propia combustión de sus pasiones, pero se le reconoce más como extravagante que como la poeta febril que era: «Sólo busco y deseo, pero sobre todo añoro», escribió. Tenía claro que suya era la noche, «que el día sea de otros». Pero en 1907 comienza la demolición. La baronesa la abandonan por un hombre y al año siguiente Kérimé rompe su relación clandestina al trasladarse con su marido a San Petersburgo. Humillada, zarandeada y sola emprende un viaje con su madre a Japón y a Hawai, pero ya lleva dentro el veneno de la muerte. Las drogas y el alcohol le van haciendo una sastrería letal y las sesiones de sadomasoquismo se suman a su catálogo de convenciones abismales. La salud le falla y la ruina le ronda. Con ese ajuar de infontunios marcha a Inglaterra, donde intenta suicidarse con un zumo de láudano recostada en un sofá con un ramo de violetas en el lugar del corazón. Falló en ese momento, pero Renée ya estaba sentenciada.

Regresa a París, de nuevo, devastada. Utiliza un bastón para andar. Está devorada por dentro. Ya no escribe. Vive de los recuerdos de las madrugadas inmensas, de las orgías tremebundas y de aquellos pasotes desmedidos. «Marchamos al azar de nuestros sueños», apunta en un cuaderno de notas. Es joven y está vencida. Y así, también anoréxica y con neumonía, fallece el 10 de noviembre de 1909. En su casa del Bois de Boulogne. Tiene 32 años y está casi olvidada por los zánganos del lupanar de las letras. Guarda aún algo de ángel jodidamente bello y perdidamente humano. La habitación en la que dio el último estertor estaba forrada de telas moradas. Renée Vivien fue la dama de las violetas. Probablemente en lealtad por aquella promesa de amor que hizo a su primera amiga, Violet Shillito, y que nunca pudo ser. Así es la nobleza de los dotados con el desasosiego.

3e Arrt
PLACE
RENÉE VIVIEN
1877 - 1909
POÉTESSE

Oscuras violetas

El *fin de siècle* estuvo dominado, sobre todo en Francia, por un marcado malditismo que, en literatura, tuvo su efervescencia en obras de tono andrógino. Pensemos en Pierre Louÿs (autor de Afrodita y *Les Chansons de Bilitis*), cima de este malditismo finisecular francés. Admiradora de Louÿs fue Pauline Mary Tarn, una de las escritoras malditas par excellence de todos los tiempos. Nacida en Londres en 1877, se crió y educó en París, por lo que eligió el francés como lengua literaria. Su primera obra data de 1901: *Études et Préludes*. Desde esta obra, y la siguiente, Cendres et poussières (1902), Pauline fue René Vivien. Será a partir de Évocations (1904), plenamente parnasiano, cuando la poetisa sume una «e» a su seudónimo, resultando al fin Renée (renacida), mujer que desea y ama a otra mujer. Sus poemas amorosos pasaron a ser exponente del lesbianismo literario, y Pauline se convertía en «Safo 1990», inaugurando el territorio postrero de un legado sáfico. Tuvo tres amantes importantes: la americana Natalie Clifford Barney (tan presente en primeros libros, léase su poema «A la mujer amada»), la baronesa Helène Zuylen de Nyevelt y, desde 1906, una enigmática mujer llamada Kérimé, tras cuya relación su vida se vio envuelta en un clima de destrucción, abocándose entonces al suicidio, al alcohol, a la amnesia, a la disentería, a la anorexia. Una neumonía acabaría con su vida en 1909, cuando había cumplido 32 años.

No había sido reconocida en nuestra lengua (ni en la francesa siquiera) la obra andrógina y parnasiana de Vivien (también publicó dos novelas y varios libros de cuentos). Los tiempos parecen cambiar. *Tras Cenizas y polvo* (2006), en traducción de Joaquín Negrón, y una edición de *Estudios y preludios* (2006), preparada por Jiménez Burillo, aparece *Poemas*, una completísima antología de gran parte de sus trabajos poéticos, traducidos con encomiable adaptación

rítmica por Aurora Luque, quien presenta unas versiones sin rima, pero con metro, en las que se mantiene la forma estrófica (sonetos y cuartetos con gran presencia de alejandrinos blancos). Evidentemente una rima consonante hubiera dejado textos menos actuales, aunque en algún poema —«En el puerto»— se haya construido con rima asonante. Un ejemplo de traducción libre la hallamos en un verso de «Desnudez»: «*Puis, lys entre lys, m'apparut ton corps blanc*, que Luque traduce «lirio entre lirios, blanco, se me mostró tu cuerpo». Asimismo, la traductora incluye al final del libro algunos fragmentos de la novela *La pasión de Renée Vivien* (1994), de Maria-Mercé Marçal, en la que reconstruye la vida de la escritora partiendo de cartas y testimonios de época.

Mujer, escritora y lesbiana. Tres identidades que, sumadas, han conformado una forma expresa de rechazo en el ámbito literario de todos los tiempos. Y dos temas en su poesía: el erotismo y la mujer como proyección vital, siempre bajo el eje de Eros y Tánatos (de cierto «fervor tanático» hablará Luque) y el *spleen* de Baudelaire («El laberinto»). Incidental me parece la presencia de lo «griego» en su poesía, aunque florezca de vez en vez el mito del andrógino platónico, afirmándose a su parte femenina. Da la impresión de que tiene más peso el aspecto decadente que el mitológico. Aún así es esencial en su poética un clima helénico y mitológico. En «Al desembarcar en Mitilene» se advierte el ferviente influjo de Safo, a quien Renée tradujo en aquella época, mientras en «Ven, Diosa de Chipre» se ofrece un cántico dionisiaco de veta sáfica: «la noche del festín es breve entre las noches». Luque se refiere a que «la pasión se contempla en Vivien como destino absoluto». Una pasión desterrada que se vive «con arte, con lentitud y ternura», y se muestra tendente al dolor, a la melancolía de lo sido: «solo busco y deseo, y, sobre todo, añoro». Y encontramos amor posesivo y entregado («La ofrenda»), sexual y carnal («El cohete» o «Canción») y amor contradictorio —exclusus amator— , como en un poema de estirpe catuliana, titulado «Grito»: «y te odio y te amo abominablemente». Incluso hallamos indicios de rito amatorio en el poema «Bacante triste», el cual narra una orgía en la que

Pauline se vio envuelta por su amante, Natalie Clifford, ya que ésta quería introducirla en el amor sáfico, y para ello escenificó una orgía con presencia de amigas y profesionales.

De modo que perdura una lectura feísta, decadente y hasta vampiresca del parnasianismo finisecular, con grandes dosis de estética prerrafaelista, que, en casos, redunda en ejercicios parnasianos. Verlaine se halla muy presente (léase «Nocturno»: «amo la languidez…»), como así Rimbaud (en un poema muy «feísta», «El amor tuerto»). Llama la atención en Renée ese abrazamiento del dolor. Desde su poética expresada en «Vencida» hasta tantos versos que delatan un estado de ánimo precario, y hasta convulso: «mi triste ruina arrastro», «errante voy» o «mi destino padezco», impregnados del horaciano y trastocado carpe noctem («Nuestra es la noche»). Se formula pues una adoración de la noche, cuya simbología nos arrastraría a una concepción negada de la vida, triste y oscura, pero bella: «la noche es nuestra. El día, que sea de otros». Desengaño vivieniano, en definitiva, y una poesía tan femenina que leemos: «marchamos al azar de nuestros sueños», «marchamos lentamente, nuestra sombra nos sigue», por lo que no es raro que sus versos se hayan significado en consigna en tiempos modernos.

Nos llega una Renée Vivien femenina, renovada, actual. Una poeta con un talento mayúsculo, vitalista y luchadora, a ratos oscurecida por el dicterio de la escuela parnasiana. Ocasión para revisar mitos y empaparnos de una fiesta del deseo, donde «las tinieblas se vuelven de un violeta que es gris», y cuyo recuerdo «es hermoso como un palacio en ruinas». Que así sea.

Ricardo Virtanen

Renée Vivien

Renée Vivien

Lucidez

El arte del vicio ocupa tus juegos,
y sabes animar el fervor de los deseos
a los cuales tu cuerpo aleve se entrega.
El olor del lecho se mezcla a los perfumes de tu ropa.
Tu rubio encanto se asemeja a la insipidez de la miel.
No amas más que lo falso y lo artificial,
la música de las palabras y de los débiles murmullos.
Tus besos se desvían y se insinúan sobre los labios.
Tus ojos son inviernos pálidamente estrellados.
Los lutos siguen tus pasos en tétricos desfiles.
Tu gesto es un reflejo, tu palabra es una sombra.
Tu cuerpo se aplaca bajo besos sin nombre,
y tu alma está ajada y tu cuerpo usado.
Lánguido y lascivo,
tu artero roce ignora la belleza leal del abrazo.
Mientes como se ama, y, bajo la dulzura fingida,
se siente el arrastramiento del reptil atento,
en el fondo de la sombra, tal que un mar sin arrecife,
los sarcófagos son aún menos impuros que tu cama...
¡Oh Mujer!, yo lo sé, ¡pero tengo sed de tu boca!

La noche es nuestra

Es la hora del despertar... Levanta tus párpados...
A lo lejos la luciérnaga afila sus luces,
y el pálido asfódelo tiene suspiros de amor.
La noche viene: apresúrate, mi extraña compañera,
pues la luna ha enverdecido el azul de la montaña,
pues la noche es nuestra como de otros es el día.

No oigo, en medio de los bosques taciturnos,
más que el ruido de tu ropa y de las alas nocturnas,
y la flor de acónito, de blancos tristes y fríos,
exhala sus perfumes y sus íntimos venenos...
Un árbol, traspasado del aliento de los abismos,
tiende hacia nosotras sus ramas, huesudas como dedos.

El azul nocturno se derrama y se esparce...
A esta hora, la alegría es más ardiente y el ansia mejor,
el recuerdo es bello como un palacio derruido...
Los fuegos fatuos corren a lo largo de nuestras vértebras,
pues el alma resucita en lo profundo de las tinieblas,
y uno no vuelve a ser uno mismo más que en la noche.

Renée Vivien y Natalie Barney

Soneto

La soberbia de los pesados anillos, la pompa de los adornos,
mezclan el fulgor del arte con tu encanto perverso,
y las gardenias que engalanan los inviernos
se mueren en tus manos con caricias impuras.

Tu boca delicada de finas cinceladuras
destaca al modular el artificio de los versos:
sobre las olas de raso entreabiertas a sabiendas,
tu seno se abre en pálidas lujurias.

El reflejo de los zafiros ensombrece tus ojos azules,
y el incierto remolino de tu cuerpo ondulante
hace una estela de oro en medio de las luces.

Cuando tú pasas, manteniendo una tenue sonrisa,
rubio pastel recargado de perfumes y de pedrerías,
sueño con el esplendor de tu cuerpo libre y desnudo.

Marco Martos

Boca de Dios

Una caverna que todo lo traga,
esa es la boca de Dios.
Unos la llaman muerte
y otros nirvana,
por eso de la quietud.
El paraíso es un rayo de luz
sobre el mar en la infancia
y después todo es oscuridad.
Que no te engañe
la campana del éxito,
pues su badajo descansa
casi toda la vida
hasta que llegas en su silencio
a la boca de Dios.

Cabellera de Berenice

Tu cabellera amarilla, negra y azul se interna rauda
en la profundidad de la noche
y tus dedos, filamentos rápidos,
vuelan sobre letras y números
en la pantalla de la tableta que descansa
sobre tus piernas fabulosas.
De puntillas cruzo los umbrales
de las ciudades distantes
y desde el quicio de tu puerta,
te hablo como el fantasma
al que le conversabas de niña
y velaba tu sueño hasta el alba,
como lo hago ahora,
en la oscuridad.

Bella como la luna en la ciudad eterna

Todo el saber
de Marco Aurelio Antonino Augusto,
filósofo y emperador romano,
se concentró en sus Meditaciones,
donde abogó por una vida sin ostentación,
y todos sus poemas, en especial los de su madurez,
a manera de incienso, los puso a los pies
de Anna Galeria Faustina Claudia,
bella como la luna del verano en la noche pausada
iluminando las siete colinas de la ciudad eterna.

El zorro de Pampanito

Harold Alvarado Tenorio

Que la música de Orfeo cante y sea conmigo.
Que la mesa sea servida por pájaros.
Quede en mí la sonata, que la muerte,
segura, cantará entre los bosques.
Que el agua de los ojos de dios caiga sobre la tierra.
Que el dulce honor del ángel me cubra y acompañe,
que el oro del cadáver haga reino en mi espíritu.
Que en Abril sea mi muerte.
Que sea como el derrame de mi hermana pequeña,
que así mismo a mis nervios los escale la sangre
y sienta yo el bello vértigo en los campos del otoño.

(Sonata)

Mis primeros encuentros con Pepe Barroeta (Pampanito, 1942-2006) enaltecen, quizás, aquella navidad del año del Congreso de Cabimas, cuando en un pueblo donde, digno de las escenas de *Gigante*, el filme de Stevens, el 14 de diciembre de 1922 un pozo había vomitado 155.000.00 millones de barriles de petróleo, nos conocimos muchos de quienes estamos, hoy, condenados a la muerte implacable. Debimos conocernos en aquellas jornadas donde vivamente desfilan, en plena juventud, el Chino Valera Mora, Nicolás Suescún, Carlos Contramaestre, Alfredo Silva Estrada, el infante Cobo Borda, Alfredo Chacón, Douglas Bravo o él, cínico desde entonces, Enrique Hernández de Jesús.

No he conocido otra representación de la amistad, la camaradería y la alegría de estar vivos, como la conocí entonces, con aquellos alegres conspiradores, en una patria, la lengua, que en Venezuela

era feliz y libre, al menos para algunos de los que visitábamos por vez primera lugares y ambientes tan distintos a los nuestros, donde campea, todavía, monda y lironda, la más cruel de las intimidaciones y la maldad humana.

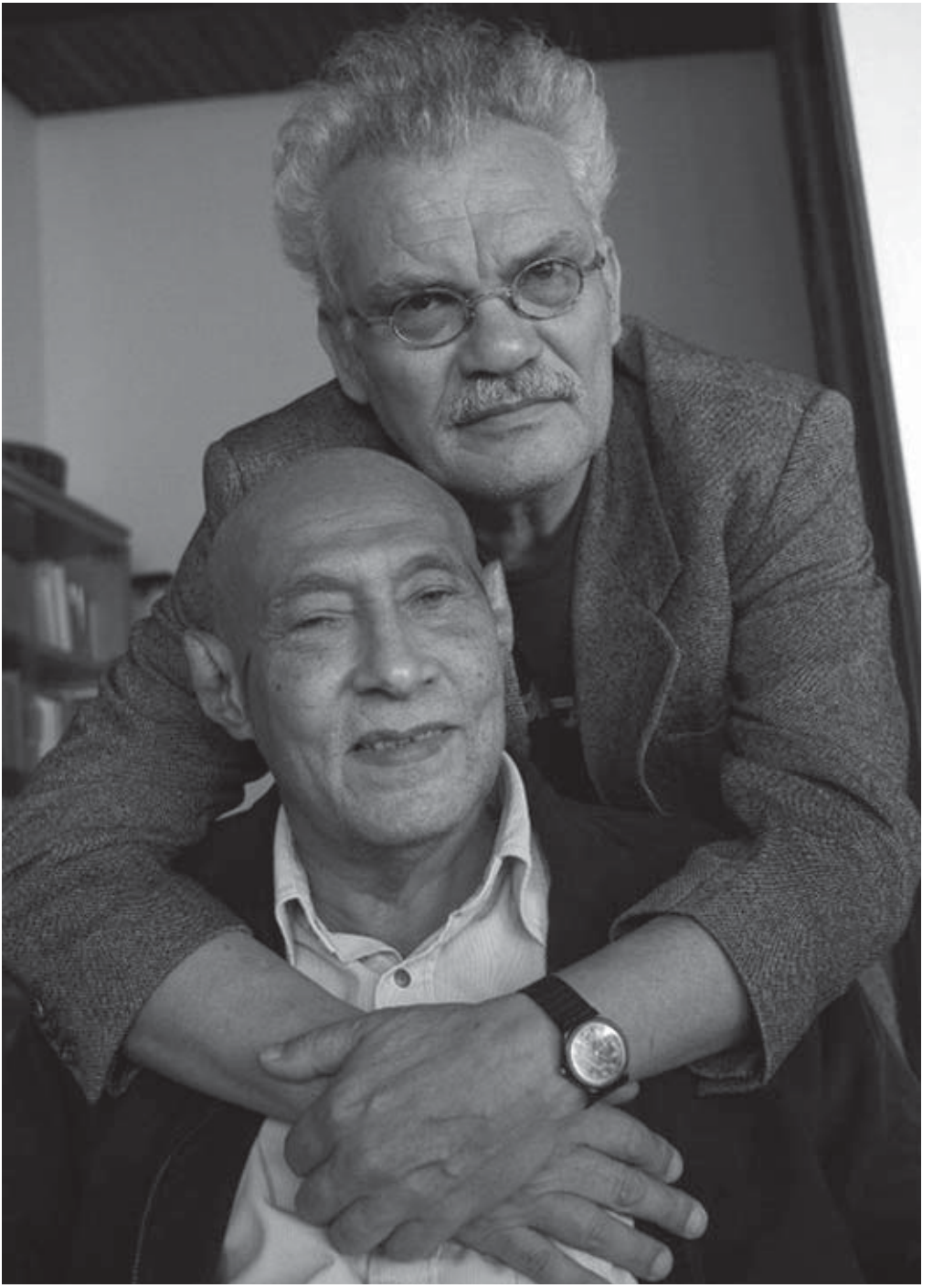
Los venezolanos fueron para mí desde entonces el símbolo mismo de una vida como nunca había conocido.

Luego volvería a encontrarme con Pepe, y el resto de esas cuadrillas que comandaba, gracias a los oficios de un disimulado mulato que en compañía del pintor amazónico Omar Granados recorría Colombia a la caza de un amor imposible. Pedro Parayma, hoy Doctor José Francisco Martínez Rincones, cruzó varias veces las cordilleras andinas, de Cúcuta a Pasto, pasando por Medellín y Cartagena, persiguiendo un sueño con cuerpo de mujer. En uno de esos recorridos, cuando detenía por uno o dos días su espléndido coche americano repleto de vinos, o mientras leía alguno de sus extensos y fabulosos poemas a *La Sanguijuela de los Pies de Oro* o a la memoria de sus antepasados de Tinaquillo, tallado en carne viva en su hijito Don Rodrigo, decidió cargar, literalmente, conmigo, y fue así como terminé conociendo la capital de los Andes, la entonces bella Mérida, donde he acaparado varios de los mejores días de mi vida. Allí hice amistad para siempre con Barroeta y su carnal, hijo, hermano, sobrino, perro, gato, pájaro y poema: Diómedes Cordero. No recuerdo visita mía a Mérida o Caracas, donde no hubiese gozado de la amistad y el cariño de ambos. A ellos debo, y sin duda, a Juan Liscano, que haya podido conocer el alma venezolana, mi ánima.

Pepe Barroeta es uno de esos maravillosos seres que produjo la Venezuela de *Sardio* y *El techo de la ballena*, de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, cuando hasta la guerra de guerrillas resultó ser obra de la poesía y no de la maldad. Quiero decir que aquellas aventuras mortíferas que inculcó Ernesto Guevara, siendo atroces y despreciables, fueron gestadas por un anhelo de bienestar

para el hombre y no un mero lucro, como a la postre terminaron siendo todas las conquistas armadas y las mafias del narcotráfico que hemos conocido. Un batir de alas de querubes movía aquellas empresas de sangre. Barroeta pertenece a esa generación de poetas de la Pandilla de Lautremont, *con Luís Camilo Guevara*, *Víctor Valer*a Mora, Caupolicán Ovalles, Elí Galindo y Ángel Eduardo Acevedo, guerrilleros y dinamiteros de la lengua escrita, hablada y bebida en los campos de Marte de Sabana Grande, en los palacios del rock y el licor de Malta de la *República del Este*, el *Halász Macska* , *Nerone* , *Viñedo* , *Veccioo*, *La Bajada*.

Pepe Barroeta vivió y levantó su obra en una suerte de estado paranormal de excepcionales desempeños con los cuales vivo venció a la parca. No fueron pocas las ocasiones cuando viví en carne propia sus alucinantes actos contra ella, como en aquella ocasión, cuando luego de varias horas de consumo etílico, bien entrada ya la noche merideña, fuimos a la búsqueda de unas maritornes en una venta del páramo y luego de ambular por los filos del amanecer no dimos con nadie, sino con una espesa niebla que apenas dejaba ver los signos de los desastres interiores de nuestras almas. Pepe nos había arrastrado en un automóvil convertido en carroza de Blanca Nieves, al submundo de Pedro Páramo, su otro igual mexicano y aun cuando nadie me lo crea, estuvimos en el más allá, desorientados por la errátil orientación de nuestras almas. O aquella otra semana, en Valencia, cuando mientras todo el mundo leía poesía, Pepe decidió que debíamos recorrer todos, literalmente todos, los deshuesaderos de automóviles del mundo, para que regresara yo a Bogotá, con un renovado motor para mi viejo Dodge Dart de los años cincuenta, que por cierto y gracias a la terquedad de Pepe, me salvaría la vida al ser el único testimonio de mi pobreza cuando un rio de la maldad quiso otra vez llevarme con ella. La alucinante lucidez de Barroeta emanaba de un soñar despierto al que le condujo sin piedad la



Pepe Barroeta y Diómedes Cordero en 2006 año de la muerte del poeta.

poesía, o esa variante de la vida, donde solo la belleza de una mujer o el amor de un hombre, toma sentido.

Hace una década, una legión de sus amigos celebró a su lado su inminente abandono de este mundo. ¡Como si a él le hubiese importado!. Pepe Barroeta nunca estuvo en la tierra. Lo suyo fue la poesía y la amistad. Asuntos que no conocemos los hombres ni las mujeres, excepto por los destellos que ángeles o demonios como Barroeta dejan intuir desde sus ojos, glaucos, como la misma muerte. ¡Larga vida a Pepe Barroeta!, habría gritado entonces nuestro finado estalinista de cabecera, el camarada Valera Mora. ¡Larga muerte, viejo lobo!, repito yo ahora Pepe Barroeta, zorro de Pampanito, cuando has cumplido tu hazaña y estas más vivo que nunca.

La poesía de José Barroeta

Nelson Rivera

Tenía 17 años cuando leyó sus poemas al lado de Pablo Neruda. A los 18 ya había escrito un trecho de una obra que, con el paso del tiempo, se ha convertido en imprescindible. Cuando publicó Todos han muerto en el año 1971, su primer libro, José "Pepe" Barroeta era ya admirado y reconocido, pero aún más sorprendente es que había puesto a circular una modulación única, unos temas y unas tensiones, de las que no se separaría nunca, o mejor, a las que volvería una y otra vez, en cada uno de los otros libros que publicó.

José Barroeta nació en un pequeño pueblo montañoso de nombre Pampanito, ubicado en la región occidental de Venezuela. Como ocurre con otros destacados poetas del siglo XX venezolano, la indicación geográfica de su pequeña patria es crucial: todo su hacer está habitado de pájaros y árboles, de tramos de montañas que cambian de colores, de invocaciones a la tierra o de figuraciones de aquello que vive o aguarda bajo las hierbas. Poesía en la que amanece bajo un sol espléndido:

plato rojo
cercado del aire

o en la que la lluvia adquiere una corporeidad abrumadora y sentimental:

Fuimos derrotados por puestas de lluvia
impresionantes.

Foto de Vasco Szinetar

Cuando José "Pepe" Barroeta murió se produjo en la comunidad literaria venezolana una conmoción, un estremecimiento inocultable. No se anunciaba sólo la muerte de un ser magnífico, el vencimiento de un hombre que le había plantado cara a la enfermedad del cáncer, sino algo cuyo eco era más pronunciado: el poeta que más convocó, cantó, anticipó y pensó la muerte en todo el siglo XX venezolano, se había encontrado finalmente con ella, con esa sombra que por más de cuatro décadas estuvo dibujando en su poesía, y que tuvo su primer hito en el poema "Todos han muerto", que también fue escogido como el título de su primer libro:

Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me consolaba
y estaba segura, como yo,
de que habían muerto todos.

Me acostumbré a la idea de saberlos callados
bajo la tierra.
Al comienzo me pareció duro entender
que mi abuela no trae canastos de higo
y se aburre debajo del mármol.

En el invierno
me tocaba visitar con los demás muchachos
el bosque ruinoso,
sacar pequeños peces del río
y tomar, escuchando, un buen trago.

No recuerdo con exactitud
cuándo empezaron a morir.

Asistía a las ceremonias y me gustaba
colocar flores en la tierra recién removida.

Todos han muerto.
La última vez que visité el pueblo
Eglé me esperaba
dijo que tenía ojeras de abandonado
y le sonreía con la beatitud de quien asiste
a un pueblo donde la muerte va llevándose todo.

Hace ya tiempo que no voy al poblado.
No sé si Eglé siguió la tradición de morir
o aún espera.

Si un sello determinante tiene la poesía de Barroeta en el telón literario del siglo XX venezolano es su aproximación y avenimiento con la entidad de la muerte y sus expresiones. Deslumbra la calidad y multiplicidad de apelaciones con que el poeta la trae a sus dominios: como grial que hace posible la búsqueda de sentido; como escatología o escándalo; como ritual de despojamiento; como íntima potencia; como argumento de la sensibilidad; como lugar al que se viaja; como evidencia de la vida sufrida; como una presencia casi majestuosa en el paisaje; o como detonante de una radical violencia, que Barroeta escenifica de modo magistral en poemas como "Barrio latino".

No me atrevería a escribir que la poética de Barroeta está atravesada únicamente por el signo de la muerte. Pero sí que la diversidad de los usos que hace de ella, así como de los roles cambiantes que le asigna en cada uno de sus dramas poéticos, es, viene otorgada por su incalculable habilidad para mutar y reaparecer, inclasificable. Figura protagónica o contrafigura; paisaje u horizonte; visitante

inesperado o actor de reparto; guionista o espectador; trama o peripecia; mobiliario, aire o luz que habita en sus poemas, la muerte metaforiza, además de la reivindicación del poeta, su coraje tan particular, su vitalísima imprudencia, su victoria más decisiva y, al final, sosegada. Porque Barroeta ha roto el contrato que nos impide a los hombres hablar de modo tan reiterado de la muerte. Él la ha llamado por su nombre; la ha invitado a beber; la ha buscado en la mirada de otros (es posible que, antes y después, se haya mirado en el espejo y haya vislumbrado el destello furtivo de la muerte en sí mismo); le ha colgado encima ritmos, cuerpos y colores; la ha retado a duelo y le ha dicho:

Amo
a quienes jugaron la vida
en una soga
en un disparo
en un salto al vacío
en la profundidad de un oleaje
invencible.

Personalidad gregaria, Barroeta ejerció y proclamó la amistad. Aunque se le vincula de modo específico a *La Pandilla de Lautréamont* y otros grupos que ocuparon un significativo espacio en la escena literaria venezolana, a comienzos de la década de los sesenta: *El techo de la ballena* y *Tabla redonda*, no sólo creía en esos prójimos esenciales, los amigos, sino que ellos parecían formar en su pensamiento, parte de una ecología más compleja, que tenía a la poesía como a un dios doméstico e inevitable, y a sí mismo como una entidad inseparable del hecho poético. Para Barroeta vivir no podía ser cosa distinta de ser poeta y, condición que le resultaba inseparable de prácticas comunes: conversar bajo el aliento anímico

del alcohol, verbalizar el amor sin condiciones por sus pares o proyectar una cierta exaltación de la sensibilidad como la dichosa consecuencia de reunir a los colegas alrededor de una mesa, libre y larga.

Esta visión del triple panteón que componen la poesía; la entidad del colega prójimo, y el propio poeta, constituye la expresión de una corriente que provino de las vanguardias europeas (el simbolismo y el surrealismo fueron quizás los que mayor resonancia encontraron en la poesía venezolana), y que alcanzó tanto en su voz poética, como en el imaginario que Barroeta tenía de sí, huellas considerables.

Poeta de orgánica condición, vivió y escribió atrapado en una paradoja: vivía el hecho poético como una promesa de liberación: un ir más allá, más adelante. Pleno heredero de las vanguardias literarias que se pronunciaron a comienzos del siglo XX, asumía su condición de escritor como acceso a una potencia, a nuevas experiencias y conocimientos. Escribir era traspasar cierto umbral, cruzar algunos límites: irse, mirar lejos, desprenderse del circuito rutinario de la vida:

Es de noche dice el ausente
y marcha a la bahía a mirar lo que
nadie ha
visto en el mar.

Los paisajes de una tierra extraña
lo llaman.

Sabe el ausente que es de noche,
sabe que las estrellas son de ángeles,
sabe que al mar hay que llegar bañado de luz alta,
sabe que en el fondo de su corazón se agita el océano.

En efecto, en esta poesía hay algo que tiene un notable poder sugestivo, incitado por la imaginación del poeta. En sus páginas son frecuentes los mares, algunos personajes de heroico talante, escenas que atrapan al lector por su centelleo, por la invitación que extienden a saltar las fronteras de lo rutinario. Pero, toda esa deslumbrante belleza no tiene como destino una escena apoteósica y expansiva. No. Barroeta siempre se repliega. Vuelve a sus predios antiguos, a los terrenos de su infancia. Tan genético es su vínculo con el ánimo del universo rural que logra el poema que sigue, quien sabe si una de las más hermosas elaboraciones sobre las fuerzas de la naturaleza que se han escrito en la poesía venezolana:

Fuerza del día

Volar sobre los cerros, escarbar, comer tierra.
Ser la atmósfera que estaba cuando aún
los muertos no habíamos pensado en llegar
a la altura de los deseos que nos sepultan.
Abordar la mirada del cielo con la plenitud
de que estamos cayendo en el tesoro, silenciosos,
sin que la fuente de la sangre perturbe,
invulnerables por la fuerza del día.
Quedarnos fijos,
ingrávidos entre lo que nos llama
y todavía no hemos ganado
o entre lo que hemos perdido
y nos llamará hasta que seamos sin luz,
airosos totales.
Soltar los ojos,
que vayan por allí a saludarnos a buscar la alegría,
lo que dejamos de hacer mientras esperamos el resplandor.

Si me fuese posible adjetivar en un mismo y supuesto plano el movimiento de los seis libros de Barroeta, diría que *Todos han muerto* es la prolongada ruta de ascenso a la luz, el encuentro de una atmósfera para hablar con voz propia. *Cartas a la extraña*, más allá de la tentación que supone el tema de su atracción por las mujeres, es una investigación en muchos sentidos, en particular de la calidad auditiva de la poesía en prosa. *Arte de anochecer* es el abordaje delicado y temerario, a un mismo tiempo, de los dolores sentimentales y eróticos del poeta. *Fuerza del día*, libro que recoge la maduración de toda una década, contiene no pocos de los momentos más depurados que sobre la naturaleza se hayan escrito en el siglo XX venezolano. *Culpas de juglar* es la asunción, con mayor énfasis, de una serie de causas que ya se habían asomado en libros previos: el fracaso visto a través de distintos tópicos (la embriaguez, el oficio de la escritura, el lugar común, la violencia que anida en el alma del poeta, la energía y desafueros de la historia, la fábula, la celebración y muchos otros). Es, cabe sugerirlo, el libro más permeable al diálogo de Barroeta.

Llego así a la última y más serena producción de Barroeta: el libro de un hombre que, armado de enorme sensibilidad y lirismo, sabía que iba a morir. Las páginas de un escritor que comprendía de modo cabal que cada una de aquellas palabras eran sus últimas. Que no habría tiempo de otras (esa humanidad menoscabada y lúcida es la que lee los poemas que vienen reproducidos en el CD: su frágil dicción no niegan el admirable principio de certi¬dumbre con que el poeta lee sus textos).

¿Ha cambiado la escritura, la mirada del poeta sobre sí y sobre el mundo en este libro? Sustantivamente no. Tal y como ocurrió por más de cuarenta años regresa a sus cosas, a sus hábitos, a sus motivos (por cierto, casi olvido anotar que sus poemas están ocupados, una

y otra y otra vez, por la utilización del recurso literario conocido como *ritornello*).

No podría decirse que *Elegías y olvidos* es una síntesis de su producción previa: ellos son una materia decantada. El hombre que los escribió no estaba en la muerte, tampoco en la vida a plenitud. En consecuencia, hay en ellos más aire. Cada palabra respira mejor: más larga la aspiración, menos apurada la expulsión. Una leve contención en cada frase que permite que la siguiente se escuche con delectación y pulcritud. Todo se oye, nada queda fuera de la página. Cada palabra nos alcanza, nos ocupa, nos interroga. Porque esa es la maravilla del poeta Barroeta: no perdió nunca su condición de juglar vanguardista y rural, a un mismo tiempo. Un poeta profundamente arraigado en la modernidad. Las más cristalinas de sus palabras fueron escritas en las semanas y días en que constataba su mengua paulatina. Vio a la muerte venir a su encuentro, tal como lo había adelantado. En la hora decisiva de la palabra, se comportó como un fino caballero: no rompió su exclusivo pacto con la poesía. En su último libro, *Elegías y olvidos*, no habla de la muerte o de cualquier muerte. Habla para usted y para mí, de su adiós definitivo: usa palabras cruentas. Pero al final enarbola su vida, su poesía, la bandera cierta de su victoria.

Foto de Vasco Szinetar

Pepe Barroeta

Fluvial

Hay un arte de anochecer.
De la entrada del cuerpo al alma,
de la niebla a la redondez
y del círculo al cielo;
hay un arte de luz,
un campo donde anochecer
es mirar la vida
con el cuerpo cerrado.
Hay un arte de anochecer,
un descenso en la entrada del día
a la completa oscuridad.
Un intermedio donde es necesario
recibir y saber todo sin estremecimiento.
Hay un arte,
un paisaje a veces amable,
a veces torvo,
donde ascenso y descenso son accesorios
de la materia limpia.
Hay un arte de anochecer.
Quien haya vivido o soñado con bosques,
luces y demonios,
lo sabe.

Arte de anochecer, 1975.

Formas del caballo y del agua

Una palabra nos encierra.
El viento pule en ella. El fuego.
El mar también.
Sobre la palabra que gira alrededor
del sol
las cosas tambalean,
oscurecen o tornan en destello el cuerpo.
La palabra ocupa hasta la suerte;
al final vuelve cansada de otro hacer,
de una invisible proximidad.
Asimismo como uno tiembla bajo sus rutas
la palabra toca las puertas desoladas,
los restos del sueño,
la tierra hermosa de la nada tendida en su primer
vacío.

Fuerza del día, 1985.

Cabeza de insomnio

Escribo por roto.
El poema sirve de guarida
a mis escombros de espejo perverso
de transparencia de sueños dibujados
con debilidad
por el alfabeto hostil.
El poema ha sido rama
trampa del viaje.
Cuando quiero hablar conmigo de verdad
me emborracho
anoto en frentes de penumbra
fracasos y ganancias.
Olvido.
Escribo con letras grandes mi nombre,
lo piso.
Hago un mapa de silencio
enfermo.

Culpas de juglar, 1996.

Fuera de orden

Yo era el poeta de mi tierra
y de toda la tierra.
Adentro de mí llovía y relampagueaba
y sentía siempre unas inmensas ganas
de llorar.
Yo me reía de las frutas que caen en los
tinglados y asustan el silencio
y hablaba con los muertos y con los animales
que pasan por la miseria vestidos de capitanes
largos.

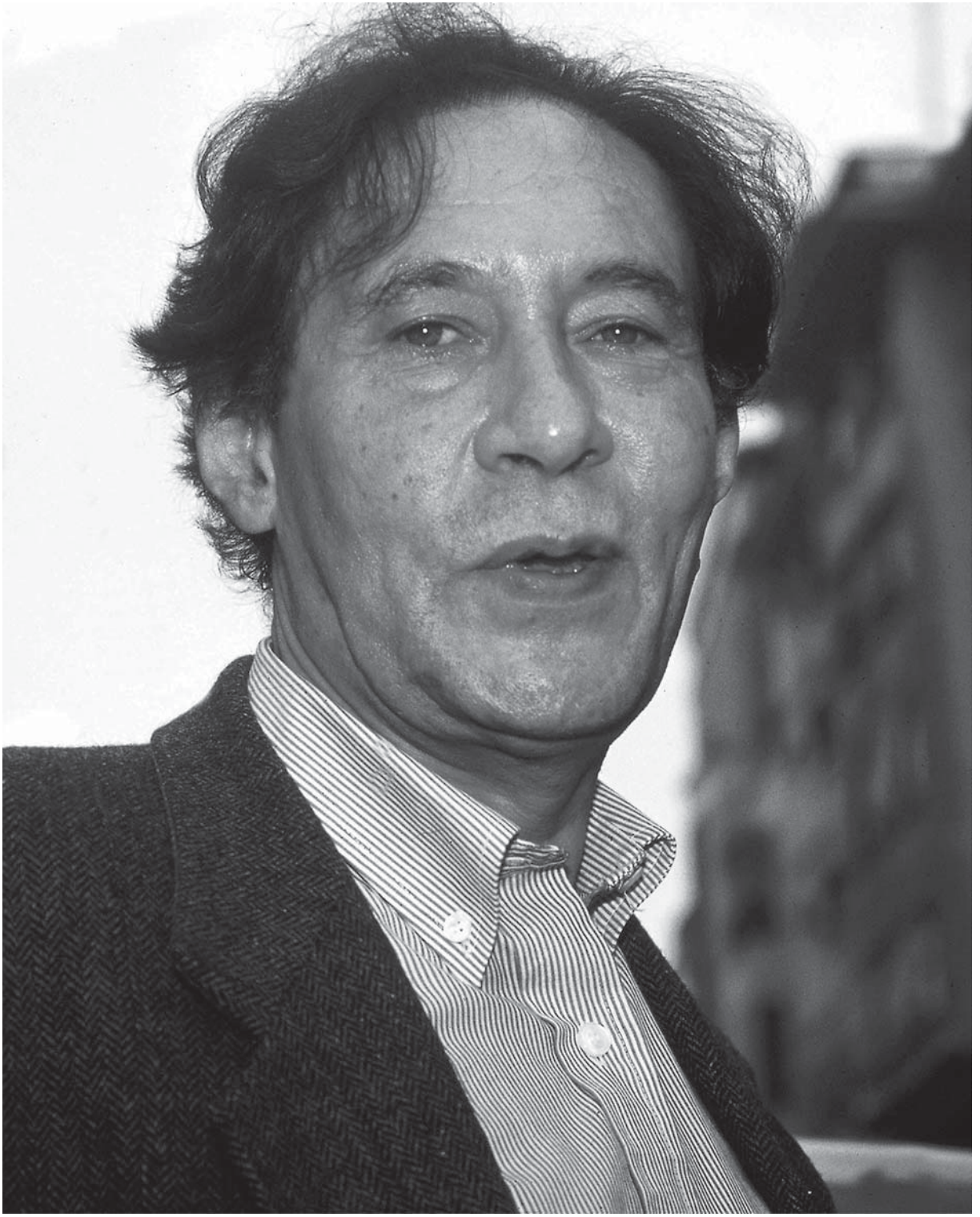
Yo era un gran poeta de los muertos
como jamás hubo otro en la comarca
y me asustaba de ver subir las flores
hacia la cal ambigua de las tumbas.
Soñaba
cantaba por las noches una desgarrada melodía
y volvía a soñar entre muros y ciudades perdidas
persiguiendo sombras halladas entre el porfiado
frenesí de ausentes y de borrachos insondables.

Yo era un poeta
y me enamoraba de mí y de ti y de todas las miradas
que vienen desde lejanos pueblos a la imaginada mesa
del ecuador

a buscar estrellas y panes de cobre para maldecir
hombres
en el centro del mundo.

Comía sobras
robaba
leía el amanecer
bebía y fumaba hasta sentir un agradable
golpe en los pulmones.
Creía en la muerte y me aprestaba
a tomar el poder de mi país.
Confiaba en un grupo de poetas locos
que fueron apareciendo de puntos cardinales
distantes
incapaces de apagar sus deseos detrás de una
música rota por el olor de las botellas
y del encanto miserable.

Yo me cantaba y me celebraba a mí mismo
ganaba la vida sin hacer
buscaba que mi razón perdiera
y salía conmigo y contigo a buscar campos y ciudades
para soñar y matar a los padres de mis padres
quemar el mundo
y pagar algún día con mi cuerpo en la hoguera
el desenfreno de mi vaga ilusión.



Caía sobre mí mismo
y amaba mis fracasos.
Sentía el placer de ser otro
que escribe un poema sin principio ni fin
alerta por si viene la muerte y revienta
mi pobre y útil reino del cuerpo.

Culpas de juglar, 1996.

Enero 2006 - 4 y 30 a. m.

Pasó el año nuevo
y reventaron los pulmones.
En mi pared bronquial
con arquitectura parcialmente alterada
por neoplasia maligna epitelial
las células se disponen en nidos y cestos
fragmentando el sonoro tejido de la noche.
Soñé contigo.
Nos tendieron desnudos en la mesa de
la Lección de Anatomía.
No pudieron arrancarnos las nubes del cuerpo
la luz del año nuevo parecía un escalpelo en tu vesícula.
Dormí entre tus cuernos y el día
esperando el roce de las gaviotas.
Tan lejos como estamos del mar
a la hora de los imponderables
vienen siempre un oleaje y un mascarón de
proa para que soltemos las amarras.
Arriba donde el huracán hala soy tu cadáver el gran ocio.
Entre tus litorales y el miedo hermafrodita
el epitelio del sexo en alta mar
erecto y en enjambre.

Todos han muerto, 2006.

Francisco Torres Córdova

TRADUCTOR Y POETA

El poeta y traductor Francisco Torres Córdova [Ciudad de México, 1956] hizo estudios de lengua y literaturas hispánicas en la UNAM y ha publicado varios libros de poemas y ensayos, uno de ellos dedicado a la obra de Ramón López Velarde. Ha traducido, con la ayuda de becas en varias ocasiones, poemas de Seferis, Sajtoúris, Livaditis, Anagnostakis, Engonópoulos, Patrikios, Kaknavatos, Karoúzos, Dimoulá, Vakaló, Varvitsiotis, y una selección de la obra en prosa de Odysseas Elytis. Desde hace un lustro prepara una antología de poetas griegos de la llamada *Primera Generación de Posguerra*. Es editor y colaborador regular de La Jornada Semanal, suplemento cultural del periódico La Jornada.

—He sido más lector de la literatura griega moderna y contemporánea que de la clásica griega y latina, *recuerda Torres Córdova*. Sin embargo, no se puede dudar de la fuerza formativa y el disfrute inherentes a la lectura de la Odisea, la Ilíada o la Eneida, o de autores como Marcial, Catulo, Safo, Arquíloco o el multifacético Platón. El viejo lugar común de que ellos son los maestros tiene muchas razones para seguir siendo muy vigente y su lectura, entre muchas otras cosas, ayuda a no olvidar la verdadera dimensión de lo que uno pergeña, lo cual es muy sano. Con enormes poetas y escritores contemporáneos, como Borges, Mahmoud Darwis, Rubén Bonifaz Nuño, Ramón López Velarde, por citar algunos ejemplos, afortunadamente sucede lo mismo.

—*¿Cómo se descubre traductor?*

—El séptimo año de los doce que viví en Grecia, un embajador de México en Ateneas me invitó a participar en un pequeño proyecto. Se trataba de hacer una breve antología de poetas griegos contemporáneos en la que colaborarían varios traductores. En principio me negué, interponiendo varios pretextos e inseguridades respecto a mi conocimiento del griego moderno. Pero el diplomático insistió de manera extremadamente amable y perentoria. Para entonces trabajaba con él y era su intérprete en algunas de sus presentaciones, pláticas y conferencias. Hacía lo que se llama interpretación consecutiva. Sin embargo, intentar la traducción de poesía era un asunto sustancialmente distinto y dudaba mucho. Pero así fue como me inicié en la traducción. De ahí surgió el pequeño volumen colectivo Once poetas griegos, que se publicó en México en 1994. Poco después, una alguien puso en mis manos un libro de Odiseas Elites escrito en esa prosa ensayística y poética que despertó en mí con mucha fuerza el deseo y entusiasmo —palabra muy griega— por pasarlo al español, literalmente con el único ánimo de compartir aquello que me había fascinado. Tardé dos años en traducirlo. Para mí la traducción era —y es— una forma muy seria, rigurosa y comprometida de compartir con los demás, con amigos, un texto que me ha parecido importante y me ha dado un gran gozo leerlo.

—*Cuando traduce ¿queda algo de la originalidad del texto?*

—Sí, pero depende mucho del texto original y del traductor y su lengua materna. Y es que, para decirlo de una manera un poco esquemática, el poema es un ente, una criatura muy frágil y vulnerable a veces no sólo ante la traducción, sino también

ante la buena o mala lectura; pero la poesía, si es genuina y de genio, es muy poderosa. Hay grandes poemas que han sobrevivido a las buenas intenciones de malos traductores. Y aunque también seguramente ha ocurrido lo contrario, es decir, textos de gran nivel que en la traducción languidecen y se diluyen, en mi opinión, si de verdadera poesía o literatura hablamos, el original siempre resonará en la traducción. Un lector atento puede darse cuenta de que el texto original, aunque no conozca la lengua en la que está escrito, es espléndido, y que la traducción, más allá de sólo transformarlo, lo cual en una cierta medida es inevitable, lo destruye o desvirtúa en grado mayor. Y aunque hay traducciones que han adquirido el rasgo de clásicas por su calidad y tradición, en rigor, me parece, no hay traducciones definitivas. Toda época retraduce a sus clásicos y a sus autores emblemáticos en espacio y tiempo. La traducción está siempre en movimiento, en renovación. Todo ese impulso proviene precisamente del original.

—*¿Cómo complementa su trabajo poético con la traducción*?

—En el ir y venir de una lengua a otra en la traducción, lo que está en juego de manera multidimensional, a la vez vigorosa y sutil, es el lenguaje; quiero decir, el lenguaje del poema, sus palabras, su intención y su mundo. Por eso traducir es escribir, una idea bastante generalizada, Elites llamó al volumen en que reunió sus traducciones *Segunda escritura*. La relación es extremadamente cercana y enriquecedora de alientos e influencias deseables y asimilables, pero también arriesgada: si no se mantiene, más allá del trabajo en sí de la traducción, una distancia muy bien definida y disciplinada entre el texto que se traduce y el propio trabajo de escritura, no es muy difícil que se genere la posibilidad de la imitación o el pastiche. Pero eso en realidad también puede ocurrir

con la lectura de los autores que nos marcan. La propia voz, en esencia, nunca es del toda propia, pero no ha de ser exclusiva o mayoritariamente un amalgama desordenada de las ajenas. La traducción literaria, de poesía, es un intenso acercamiento al Otro, al texto ajeno en persona y lengua, y como tal, exige que se respete la distancia que da aire y aliento a la identidad de ambos, el texto-autor original y el propio trabajo poético, de otra manera, en lugar de complementarse, enriquecerse —sobre todo quien traduce— se sofocan, se destruyen

Inquietud aérea

Cuando ocurrió no podía saber que muchos años después, en la abierta lentitud de ciertas tardes de domingo, habría de recordar aquella mañana de invierno. Volvía a verse caminando por la angosta vereda entre dos solitarios campos de olivos. El viento agitaba sus torcidas ramas morenas y luego se disolvía en la distancia que no dejaba de ascender entre las colinas altas de un gris lunar. En la pedregosa aridez de una de ellas, las tumbas del pequeño cementerio del pueblo erizaban sus cruces de mármol en medio de una calma vasta e inasible para su pubertad. Más allá, hacia abajo, el mar, plomizo de tanta luz de tierra y cielo. De pronto –como tantas otras veces– una inquietud aérea penetró sus miembros. Dócil, ansioso, extendió los brazos, tomó impulso, cerró los ojos y saltó al vacío que se abría sobre sus hombros... Sonrió apenas un instante que a partir de entonces sin él saberlo se haría perpetuo. No se inmutaron las colinas. Invisible y cerca un asno bramó. Unos pasos adelante se detuvo ante el nudoso esfuerzo de una roca que emergía en el sendero y parecía contemplar, arrobada, el cabal vuelo del día...

Chittorgart, Ratlam, Indora...

Las dos de la tarde, Chittorgart, Ratlam, Indora... ya no recuerdo, pudo haber sido en cualquiera de los pequeños poblados con los que tropezamos en nuestra ruta hacia Bombay. Al salir de una curva una muchedumbre bloqueaba la carretera. Nos detuvimos en el umbral de los primeros cuerpos alargados y cenizos de aquella multitud que se balanceaba generando en sus extremos olas de aparente desorden. De pronto una música metálica lo envolvió todo. Estábamos en medio de un mercado, en medio de una danza que parecía haberse iniciado muchas horas atrás y que continuaría para siempre ciega o hipnotizada por su propio ritmo, rodeados por un horizonte de turbantes de colores, ojos desmedidos, cuellos interminables. De alguna parte indefinible surgía un rumor de voces en oración que soportaba sin rasgarse todos los ruidos posibles: bocinas de bicicletas, risas, regateos, llanto de niños, gruñidos de perros hambrientos. Y arriba, la cúpula de un cielo puro y caliente que llegaba ardiendo a los pulmones. El sol brotaba en todas partes, afinaba sus espadas en la piel de las manzanas, naranjas, sandías y mameyes, en las verduras y legumbres apiladas en los improvisados estantes de los puestos del mercado, sobre los techos agobiados de paja viejísima, contra los muros deslavados de las casas; pulía frentes oscuras, tallaba brazos de venas hinchadas. Descendí del camión y me perdí entre la gente, casi sin moverme, complacido por

esa inmediata adhesión a un movimiento que festejaba no sé qué dioses impronunciables, llevado por la música y la cadencia de las invocaciones cotidianas, entre miradas de una inocencia hambrienta y penetrante. El olor a hierbas, a sudor; el olor del viento, de la fruta y el hervor de la leche de cabra, de la tierra seca, quieta, amarilla, penetró mi mente como una hemorragia interna y ablandó mi voluntad. De pronto, en el lejano horizonte de cabezas, una ola de quietud y silencio avanzaba. La gente se apartaba, callaba, pausaba sus cuerpos. Conforme se acercaba, aquello dejaba tras de sí una brevísima y solemne parálisis y luego, con una sacudida entre sagrada y animal, el tumulto volvía a articularse. Poco después llegó hasta donde yo estaba. Al separarse la gente aparecieron, se esfumaron entre la multitud. Siete mujeres completamente cubiertas por saris negros y tocadas con un velo impenetrable que insinuaba sin embargo el enigma de sus rostros, pasaron frente a mí. Sólo podían verse sus pies desnudos y morenos, con ajorcas de plata en los tobillos, adornadas con pequeñas campanillas que marcaban el ritmo de su andar apenas en contacto con el suelo. Y su aroma; una brisa de olores finos, una estela de vientos dulces emanando de sus cuerpos frágiles, atravesando las telas de sus mantos negrísimos y mezclándose con el zumo de los frutos y el cuerpo de la muchedumbre. Música y aroma me cubrieron la piel, me llenaron el pecho, el hueco de las manos. Me quedé inmóvil, sin aliento, sin edad, la carne un relámpago, el alma un desierto; abandonado bajo el sol, ese sol de todo el cielo.

Olga Khokhlova

Hazme sentir que no estoy muerta todavía

Quiero que vengas a mi funeral
y veas mi cuerpo pálido, frío y poco atractivo.
El cuerpo que besaste, que una vez deseaste y amaste.
Boca párpados nariz manos senos,
cosas que siempre asustan en los cadáveres.
Así te acercarías y sería imposible obligarte a tocarme.
Me mirarías fijamente, incapaz de comprender.
-¿Qué es esto? Te preguntarías.
Pensarías con disgusto: así nunca voy a reconocerte,
si no superas esto, si no te levantas de esa cama de metal.
Eso me gustaría, sabes,
para disipar todas tus ilusiones.
Siempre estás convenciéndome de que esto soy yo,
y así, querido, finalmente
puedo verdaderamente demostrar
que en efecto,
esto no soy yo.
Pero a la mierda con todo,
ven, por favor
y hazme sentir que no estoy muerta todavía.

¿Qué voy a hacer?

Para hablar, o para guardar silencio.
O para inventar un nuevo idioma.
Las tejas sangran.
Cinabrio de un sueño de Montenegro.
El frío azul de la bahía refleja una estrella aburrida.
Como nada vuelve,
nunca volveré.
Como el dialecto del insecto la lengua eslava chirría.
Toco la puerta.
Se abre,
he venido a derrumbarme.
Para que esta montaña
este aire
y esta agua
y toda esta vida
broten a través de mí eternamente.
No mires dentro de mis sueños.
Estás equivocado,
antes de nosotros no había nada.
Tú también, déjalo ya. No mires.
El brillo líquido de la bahía
espesa el contorno líquido
de la montaña.
Mis dedos se ennegrecen
de quitar la cáscara de las frutas

y tus labios son rojos como un tabú
y tan salados como un secreto.
Como en una película lenta:
la bahía, el cielo, las nubes,
la voz de alguien en los audífonos está rogando:
no abandones...
no te abandones...
no nos abandones.
Cariño mío, mi amor, mi sangre.
¿Qué voy a hacer? Dime:
hablar, o guardar silencio.
O inventar una nueva vida.

Piedras

Supongo que no tuve suerte,
nací en el momento equivocado
y en un lugar equivocado.
En la longitud equivocada,
y más aún, la latitud.
En la errónea medida de mis puntos de vista
a través de las aberturas de mis ojos.
¿Y por cuánto tiempo?
Por todo, desde el principio del tiempo.

1.
Las blancas piedras del desierto susurran:
no te prometemos nada,
y así es la vida,
volamos para de alguna manera siempre extraviarse.
Parece que recientemente fuiste amado,
todo tiembla y se derrumba. Oh Señor, susurro,
respirando intensamente
el tiempo necesario para aprender a aceptar la verdad,
¿Pero por qué? ¿Para qué? ¿A través de cuál ley?
¿Todo esto realmente proviene del Señor?
Las piedras pesan en el pensamiento. Y los sueños enfermos
aprenden otra vez la alegría y el amor.
En la tierra blanca el desierto está listo para combatir

y nosotros somos solo rocas en la orilla de la guerra:
me estoy acostumbrando a pensar en un idioma
demasiado distinto del mío
para no quedar asombrada,
y no es muy difícil con una piedra escondida en mi pecho
y con otra piedra en su mano.

Tú abres, con las blancas
y...

2
Este juego, en principio, puede durar para siempre,
nosotros no lo comenzamos y no nos toca terminarlo.
Ellos dicen que la memoria es terapéutica y transeúnte
puede ser, pero no nos toca a nosotros decidir,
ellos dicen que en algún sitio quizás más allá del océano
en algún lugar
donde nosotros tenemos todavía que llegar o no,
existe la felicidad,
y allí sanarán las heridas al genuino brillo del sol.
Pero oscurece y amanece.
Y digo que desafortunadamente la felicidad es imposible
y con esto, de hecho, doy el primer paso
y tú miras hondo en mis ojos cautelosamente
... muy cautelosamente
como si me tocara a mí decidir.

3.

Me gustaría olvidar todo como una pesadilla,
como cerrar los ojos ante la arena,
esta arena que mana, mana y mana
y no puede ser acallada.
Mana un suspiro: todo esto nace de Mí.
Aquí están mis manos. Señor, tómalo todo.
Mis noches blancas y mis días más negros.
me dejan a la deriva.

4.
Para besar labios salados y regarlos con tequila.
Aquí en la orilla, yo amé y aquí no amé.
Las rayas de la muerte,
el pasado es una muerte salada.
Aquí caminé sobre mi cuello
y aquí, muy profundamente,
caminé sobre mi dolor como sobre un camino
gastado hasta el hueso blanco de mis pies descalzos
aquí, aún en tierra seca,
atravesé mi memoria
y aquí, no me mires, me derrumbé.

5.
No siento nada, ya no hay dolor,
no siento nada, ni siquiera dolor.

Escucho el drone detrás de mi tórax
y nadie nos presenta su arrepentimiento. Nadie.
Es el eco antiguo ¿de un verano? ¿De una contienda?
solo un eco, acarreando la culpa de nadie.
Miro un flash, escucho desencadenarse un gatillo
y aquí estamos nosotros
para recordarnos entre las ruinas.
Y ya no puedo recordar a quiénes hablaste,
pero recuerdo la infinita ternura de tus palabras.

Dorta Jagic

Luna de miel

Los domingos por la noche
después de misa
en el tranvía nebuloso
siempre puedo empezar a crear de la nada.
Ni siquiera está el alcalde, ni el canario.
Ni una carta de amor dejada
para la revisora en la máquina
ni toallas secas,
ni betún para los zapatos de color rosa,
ni aseos femeninos.
No hay ni una caja de cartón con
una niña abandonada y una nota.
Por la desnudez lúgubre de las ventanas y sillas checas
parece obvio que los devoradores
del tiempo de Stephen King
dan paso al horario de invierno primero en el tranvía.
Podría llorar sobre la descartada rebanada de pan
y un vaso de vino tinto en la escalera
delante de la puerta principal.
No tengo ganas,
porque no hay música ni calefacción,
ni aquel guionista de la televisión nacional
que no cree que el hombre haya estado en la Luna.
No hay ni tan siquiera falsos maestros con los pies planos
ni minas que quedan bajo el asiento.

En este frío tranvía número doce donde nadie me mira
donde nadie me molesta
arrastro un cable desde dios hasta mi amante permanente,
vecino-marido que se llama casi como yo.
Quiero finalmente traerlo y sentarlo,
por lo menos
hasta la última parada.
Sé sólo que es gitanamente bello y
que se mueve con pinceles.
Pero en las sillas desiertas no hay nadie
que le lea sus derechos y lo espose
en el caso de subir en la siguiente parada.
Y si como siempre
descaradamente me pregunta si me he casado
dónde iré con todos estos acordeones
y las vajillas de boda a la luna de miel
aun antes de la plaza Kvaternik.

Santa del calendario de nadie

así en la tierra como en el cielo
cuando unge los labios con el aceite ella crece
y se descalza como los aguaandantes
se adentra en el río y salta
cada día para recitar en vivo
el récord de este asombroso milagro
primero ella, después
el jabato que espera nacer bajo las rocas
invocado

Mares jubilados

Entre los zagrebienses hay una multitud de testigos
que son mares jubilados
igual como gente jubilada.
se secan, se encogen, encuentran la mejor posición
para ayudar a la proliferación de la vida – cerca de la gente.
nadie sabe quién infundió esos mares invisibles
en nuestros dormitorios repletos
(el fondo de ese mar es el suelo
y el techo la superficie.)
Debido a su rápida disminución, su densidad es de miel
y por eso no taladra las orejas de los durmientes
el crujir de paquetes anticuados de ojos de los espíritus.
ni los padres ya no temen que sus hijos los oigan.
Ni los cuadros valiosos ya no mueren
bajo los faros de los coches;
eso son sólo las luces del explorador mal puestas.
sin embargo, la bendición más grande de los durmientes es
que pueden ir al baño descalzos
por el poso ardiente de las bombillas quemadas.
El único problema es que el mar si alguien tiene insomnio
se enfría tanto que otros tienen que enchufarse
a las máquinas de vida.
Ama a todos los durmientes
hasta la muerte ya en la mitad de la segunda semana
así que nos preguntamos

¿qué pasa cuando la familia se traslada?
nada importante. Eso no le confunde.
Igual que todos los muebles, se coloca en cualquier lugar
en el camión de mudanza,
pero lejos del acuario
porque no soporta toda esa cantidad de agua y los peces.

Literalmente, sólo literalmente

La noche antes del examen
de mística cristiana
sueño que vuelo en el cuerpo negro de San Agustín
por el universo y busco las estrellas, sobre todo las supernovas.
de repente choco por la espalda con una grande.
era Greta Garbo,
que en un abrir y cerrar de ojos me había escrito en la mano:

"I was always so far away from earth,
that, even if I burned out so long ago
the send off light still rains on you . . . "

Y toda llena de júbilo por el encuentro con la Terrícola
me ofrece una botella de leche materna,
de la lactación de su madre,
la gran Alfa Centauri.

Katho Gómez

Escarcha y fuego

Niña de escarcha y fuego
atrapada
en el redeño de los cangrejos ermitaños
niña berberecho
al fin y al cabo niña
hambrienta de luz
perenne
abandona la hamaca del recuerdo
toma al presente de las manos
ve a dar un paseo con él
deja la imagen de tu cara en el espejo
no la lleves día y noche como si fuera una lapida
abandona
deja las manos acariciar los ojos
que tus gritos sean rayos y centellas
niña de escarcha y fuego
asume los átomos que te componen
aunque te sientas disoluta en ellos
rompe la paradoja
replícate
huye tras el espejo
que se convirtió en ventana.

Menaje

Él ahora reside en el armario
En la cocina detrás de la sal y las aspirinas
Está libre de rencor y de los daños de la memoria.
Es marea.
Al desnudarse se le ven las rocas
Él ahora ha ganado, no teme la sala de espera vacía.
Ni el tic tac atragantado de las tres de la madrugada
Le pertenece este lugar en la realidad
Ve con él
Libérale del armario,
Haced el amor.
Retómalo justo donde lo dejaste la ultima vez
Atrévete a besar el presente
Arráncale a bocados una sonrisa
¿Estas aquí no?
Pues entonces avanza
Olvida el futuro
Esa maraña de cosas inciertas llenas de expectativas
Levántate de la cama
Cámbiate las bragas
Ponte las botas

Vete con él ahora, a vivir para siempre
Tu madre se hará a la idea
Tu novio mudará de cara
Tu jefe entenderá que la vida paga mejor que él.
Y no te engañes
Saldrá mal si lo dejas para mañana

Nombre

Desaparezco
Entre las letras de un nombre
Desde que recuerdo
Mi cara no hace juego
Nadie sabe pronunciarlo
Él más romántico pensaba en Denevé
Y ella más práctica, en una miss universo
Llevo huyendo de las letras de mi nombre
Desde que descubrí que ser pura y casta
No es mejor que ser indómita y mezquina
Haga lo que haga, diga lo que diga
Estas consonantes y vocales no me representan
Si no creo en mi nombre
No creo en Dios
Entonces no me extraña
Soy agnóstica

Jesús Montoya

Ángel callejero, ala de lluvia, estoy hecho un desastre

Ángel callejero, ala de lluvia, estoy hecho un desastre.
Perdóname, todo lo que abrazo es helado.
Tengo marcados los sellos
de las discotecas en las manos todavía,
no encuentro el camino a casa
y lloro en cada hombro ajeno
que consigo por la calle.
No creo que ningún poema venga a mí sin un castigo,
todo poema nace del infierno y mis palabras son espejos.

Ángel, angelito, delicadamente estoy hecho un desastre,
los perros que más amo tienen la piel de la calle
derramada en ella, bordada, estrecha, desnuda,
ven cada ojo como un cielo,
son estrellas,
y yo soy un desastre, angelito,
muchacho etéreo, cabrón.

Llevo años escribiendo noches,
escondido,
noches enteras escribiendo años.
Soy inmóvil como el olvido, acalorado, tocando el pasaje
y la ruta que desaparece con mi cuerpo,

inmóvil, como el olvido.
Busco contar una historia
donde se asiente esta chaqueta empapada,
donde el cielo sea un labio
y no una esperanza en la noche vieja,
busco contar una historia
y encenderla con este yesquero vacío,
busco que esa historia me cuente y me arrastre,
me cuente y extrañe,
me cuente desde el fondo del agua
y de la risa del viento que reposa
en mis pulmones rotos.
Ángel, ahora el corazón es una palabra
que palpita,
quiero ser esa palabra
en lo más hondo de mi vida,
en lo más hondo del amanecer que invento
volado y solitario
en las aceras agrietadas que marchan conmigo
en mi desventura,
voy perseguido por una palmada en el hombro
por un golpe que me hizo imaginar los ojos de este poema,
ángel callejero, viejo amigo,
sigo el sendero con el espíritu en la punta de los dedos,
sigo el sendero con el sonido de las motocicletas
que me hacen correr
hasta tomar buses donde duermo
soñando las canciones de la radio
y el silencio claro del paisaje,

quizá también sueño el tiempo,
quizá también sueño que mi agresiva voluntad
destruya lo que más quiero
junto a la piel roída de las noches de mis años,
ángel, conozco canciones que se han destruido
antes de ser cantadas,
y yo soy así,
soy como esas cosas que se acaban
sin saber que mueren.

Balada de un transeúnte andino

Tengo tres años y los vecinos aplauden incansablemente Tengo cuatro años y viajamos hacia Caño el Tigre quebrando los caminos Tengo cinco años y papá me arrulla sobre el pasto bajo el sol con tanta ternura que todas mis lágrimas se desvanecen Tengo cinco años y esta piel blanca se levanta como un ala en el infierno Tengo nueve años y mi primo Gabriel parece un ángel cohibido besando mis labios al fondo de la Casa Tengo nueve años y Eliana se levanta la falda hasta verme suspirar Tengo nueve años y Bernardo se abre como una sonrisa en mi memoria Tengo siete años y en silencio mis viejos amigos brillan intactos de ilusión Tengo diez años y vuelo hasta la Casa con las golondrinas Tengo diez años y pateo una pelota sin descanso Tengo ocho años y Miguel y Christofer y Yeralmy se desnudan dándome la espalda Tengo doce años y mi cabeza yace rota sobre el cálido asfalto de la Villa Tengo cuatro años y mamá me golpea incansablemente Tengo cinco años y mamá me golpea incansablemente Tengo siete años y mamá me lleva de la mano como se iza una bandera Tengo siete años y mamá camina junto a mí por las barriadas Tengo siete años y el televisor domestica mi soledad Tengo la vida y la muerte y estás tú gritándome en la llegada de un sueño y estás tú con la boca sembrada de luces aves preciosas y bosques y arroyos y alegrías y desde la Casa hasta mis ojos radiantes te veo venir hasta mis manos que te nombran Viejita mía mientras

el ritmo se revienta crispado con la madrugada mientras
el ritmo se va solo como yo me fui alargado en el canto te
veo venir Tengo nueve años y papá me espera en Caracas
encerrado en una cárcel arrepentido
él me espera ojos rasgados piel blanca
papá he venido a verte Tengo nueve años y lo visito entre
choferes rutas imaginarias guardias y sueños lo visito Yo
visito a mi papá en la Planta y luego uno de los tantos buses
de mi vida se lo lleva esposado hasta el pueblo se lo
lleva avergonzado se lo lleva sin mí
Yo lo visito en el pabellón B de la cárcel de Santa Ana
yendo como por un río celeste que imita el paisaje y el bus
y el almuerzo y el maldito guardia que no nos deja cruzar
hasta el infierno de su pena y Yo Jesús visito a mi
papá los domingos y lo veo prometerle matrimonio a
mi mamá Tengo nueve años y vago por la cárcel desolado
Soy el fantasma de mi infancia gritando que Tengo nueve
años y una eterna sonrisa y corro sin detenerme detrás de un
balón por un inmenso campo verde con los otros hijos de los
presos Soy el fantasma de mi infancia susurrando que Tengo
nueve años y examino el rostro de Orejas el compañero de
cuarto de papá así le dicen Orejas y Orejas ha matado a más
de veinte escucho y Orejas sonríe y luego se fuga sumido en
el terror y el en frío de las cercas

árbol incendiado de mi infancia se fuga
caminito ciego de mi infancia se fuga y yo me pregunto en

medio de tantas palabras qué ha de tener nombre
qué ha de tener raíz
si las ramas si las hojas si a lo lejos el fuego nos
encarna entre la tierra yo me pregunto si la infancia
aullido tiniebla
si la infancia posee un nombre en la renuncia en el
silencio

¿La muerte de las Humanidades?

Terry Eagleton

¿Las humanidades están a punto de desaparecer de nuestras universidades? La pregunta es absurda. Es como preguntarnos si el alcohol desaparecerá de las cantinas o habrá un Hollywood sin vanidad. Así como no puede haber una cantina sin alcohol, no puede haber universidad sin humanidades. Si la historia, la filosofía y demás se esfumaran de la vida académica lo que dejarían podría ser, tras su partida, instalaciones de adiestramiento técnico o un instituto de investigación corporativo; mas no sería ya una universidad en el sentido clásico del término y resultaría engañoso llamarla así.

Sin embargo tampoco puede existir una universidad, en todo el sentido de la palabra, cuando las humanidades existen en ella aisladas de otras disciplinas. El atajo más fácil hacia la desvaloración de dichas materias (muy cercano a eliminarlas de una sola vez) es reducirlas a un grato añadido: los hombres de verdad estudian derecho o ingeniería, las ideas y los valores son para maricones. Las humanidades deberían constituir el corazón de cualquier institución digna de llamarse universidad. El estudio de la historia y la filosofía, acompañado de una familiarización con el arte y la literatura, debería ser impartido para abogados e ingenieros al igual que se hace con los estudiantes de las facultades de arte y humanidades. Si en Estados Unidos las humanidades no se encuentran bajo una amenaza tan mortal es, entre otras cosas, gracias a que son vistas como parte integral de una educación (considerada) superior.

Cuando, al rededor del inicio del siglo XVIII, surgieron en su forma presente las llamadas disciplinas humanas jugaron un papel crucial en la sociedad: fomentar y proteger el tipo de valores para los cuales un orden social filisteo tenía poco e invaluable tiempo. Al nacer, las humanidades modernas y el capitalismo industrial se encontraban más o menos entrelazados. Para preservar un apartado de ideas y valores que se encuentran bajo estado de sitio se necesita,

entre otras cosas, que las instituciones conocidas como universidades se sitúen un tanto aparte del acontecer diario de la vida social. Dicha lejanía implica que lamentablemente los estudios humanos pueden carecer de efecto alguno. Aunque esto también permitió a las humanidades lanzar una crítica al saber convencional.

De cuando en cuando, tal cual ocurrió a finales de los 1960 y durante las más recientes semanas en Gran Bretaña, la crítica sale a las calles para confrontar la manera en que de verdad vivimos con la forma en que podríamos vivir.

Lo que presenciamos en nuestro tiempo es la muerte de las universidades como centros de crítica. A partir de la administración de Margaret Thatcher el papel de la academia ha sido el de servir al status quo, no retarlo en nombre de la justicia, la tradición, la imaginación, el bienestar humano, el libre ejercicio de la mente o visiones alternativas del futuro. No cambiaremos ese papel con el simple incremento de los recursos que el estado destina a las humanidades en oposición a tasajearlo hasta la nada. Lo cambiaremos al insistir en que una reflexión crítica sobre los valores y principios humanos debe ser central para el acontecer de las universidades; cualquiera qué sea éste, no sólo el estudio de Rembrandt o Rimbaud.

Al final, sólo se puede defender más a las humanidades al enfatizar cuán indispensables son, lo cual implica una insistencia en su papel vital en la totalidad de los asuntos del aprendizaje académico, que al protestar, como por un pariente pobre, con la consigna de que no cuesta tanto darles cabida.

¿Cómo se puede lograr dicha defensa en la práctica? Hablando desde el punto de vista financiero; no puede ser. Los gobiernos están decididos a reducir las humanidades, no a ampliarlas.

¿No será que demasiada inversión en la enseñanza de Shelley puede implicar quedar rezagados respecto de nuestros competidores económicos? Pero no hay universidad sin cuestionamiento humanístico, lo cual significa que las universidades y el capitalismo avanzado son, en fundamento, incompatibles. Siendo así, las implicaciones políticas llegan mucho más lejos que el asunto del costo de las cuotas estudiantiles.

The Guardian, Viernes 17 diciembre 2010.

Bogotá es una porqueria

Gilberto Loaiza Cano

Bogotá es una porquería. Bogotá, la capital de Colombia, es quizás una de las ciudades capitales más feas del mundo. Pero Bogotá no es solamente fea, es sucia y peligrosa. No se trata de endilgarle a un alcalde o a un partido político en particular todos los males que posee, porque precisamente Bogotá es un acumulado de errores, omisiones, incurias; Bogotá revela todas las incapacidades, excesos, descuidos de la dirigencia política colombiana. La capital de Colombia es el acumulado histórico de todos los errores posibles. Lo que es hoy es el resultado de lo que no se hizo o no se quiso hacer desde hace ochenta, setenta, cincuenta años. Al verla y sufrirla todos los días, entiende uno por qué Colombia es un país atiborrado de conflictos sin resolver y bien acostumbrado a vivir con todos los males posibles encima. La sociedad colombiana se ha vuelto impasible ante todo lo que la agobia, tiene una gran capacidad de adaptación a situaciones invivibles y por eso se revuelca fácilmente en la violencia, la miseria, el desorden, la arbitrariedad, la inseguridad.

Los bogotanos en particular y los colombianos en general somos, al tiempo, seres admirables e incomprensibles; cómo podemos soportar una ciudad que pone obstáculos para las rutinas más elementales; donde no es fácil ir y venir de los puestos de trabajo; donde las calles están llenas de cráteres; donde las principales avenidas son lugares desapacibles y malolientes; donde no hay ningún hito arquitectónico; donde no hay un sistema de transporte masivo cómodo y fluido; donde se puede ser víctima de una banda de delincuentes en cualquier parte. Con razón hemos convivido y sobrevivido con uno de los conflictos armados más antiguos del mundo, si tenemos la costumbre de arrastrarnos en la inmundicia y adaptarnos al peligro.

Propongo un ejercicio elemental para los incrédulos, si acaso es posible. Recorran la ciudad a partir de cada una de las entradas principales. Cada una está

en los respectivos puntos cardinales y en todas no se sabe bien dónde termina la calle y comienza la acera; en todas hay destrozos en el asfalto; todos los separadores de unas supuestas autopistas son montículos adornados con basura. Aún más, creo que coincidiremos en destacar que por cualquier lugar que se llegue a la capital de Colombia, y si se va hacia el centro histórico, no hallaremos un monumento o una edificación que constituya un hito arquitectónico. Es la fealdad suprema, es un acumulado intimidante de espacios mal mantenidos, mal administrados.

Bogotá es algo así como el diploma que certifica que Colombia es una sociedad muy desorganizada que no ha podido aprender cosas básicas propias de la vida en común y que su clase dirigente es aviesa. Si en Bogotá no se han impuesto los moldes racionalizadores de un Estado moderno, podremos presentir cómo han crecido las ciudades intermedias colombianas. Es una ciudad con once millones de habitantes y sin una línea de metro, ni de tranvía ni de tren de cercanías. Viendo esta deformidad enorme, nos preguntamos si Bogotá es el resultado de un país pobre que no tiene recursos suficientes para modernizarse o si su clase política es tan corrupta y tan inepta que no ha podido tener un liderazgo y una capacidad de gestión para realizar obras sustanciales que ayuden a la vida colectiva. Bogotá, la capital colombiana, es de todos modos el corolario de fracasos compartidos de políticos de todos los pelambres, de ingenieros, economistas, urbanistas arquitectos, abogados. Es el monumento solemne al fracaso de la vida en común en un país donde es fácil matar y destruir.

Abu Muhammad Salih b. Abi Sharif al-Rundi (Ronda, 1204-1285), abandonó el al-Andaluz en 1204 para vivir en Ceuta hasta el día de su muerte. Autor de un solo libro que incluye *La caída de Sevilla*, un poema que lamenta la ruina de la grande y bella ciudad en manos de los cristianos en 1248 luego de medio milenio de haber sido una joya andaluza. Version española de Juan de Valera.

Renée Vivien [Londres, 1877-1909], fue una poetisa que escribió en francés. De padre británico y madre estadounidense creció en París y Londres y tras heredar la fortuna de su padre a los 21 años, emigró definitivamente Francia. Sus composiciones incluyen sonetos, versos endecasílabos y prosa poética. Versiones al español de María Dolores Martínez.

Rowena Hill [Cardiff, 1938], articulista, traductora y estudiosa de las culturas orientales. Desempeñó por largo tiempo la cátedra de literatura inglesa en la Universidad de Los Andes, en Mérida, Venezuela. Ha traducido al inglés la obra de Rafael Cadenas y Eugenio Montejo. Colabora con el Centro de Estudios de África y Asia de la Universidad de Los Andes. La foto de la tapa fue cedida gentilmente por Vasco Szinetar.

Marco Martos [Piura, 1942], presidente de la Academia Peruana de la Lengua y decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, es Premio Nacional de Poesía José Santos Chocano. Su obra ha sido traducida al alemán, griego, francés, portugués, húngaro, italiano e inglés.

José Barroeta [Pampanito, 1942-2006] conocido como Pepe, abogado y doctor en Literatura Iberoamericana de la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes en Mérida, Venezuela, fue un poeta de entrañable riqueza lírica cuya obra ha sido recogida en *"Obra Poética 1971-1996"* por el Rectorado de la Universidad de los Andes en 2001.

Francisco Torres Córdova [Ciudad de México, 1956] estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM. Autor de varios libros de poesía y de un ensayo sobre Ramón López Velarde ha traducido numerosos poetas griegos contemporáneos. Es editor y colaborador regular de La Jornada Semanal, suplemento cultural del periódico La Jornada.

Dorta Jagic [Sinj, 1974] hizo estudios de filosofía en la facultad jesuítica de Zagreb. Ha escrito poesía, cuentos y ensayos, por los cuales ha recibido premios en Rumania y Polonia. Trabaja como periodista y traductora independiente. Versiones al español de Sonja Manojlovic.

Olga Khokhlova [San Petersburgo 1977], es la gerente del teatro de títeres Kukly de su ciudad y co-directora del festival de poesía *Los puentes de Peterburgo*. Ha recibido el Premio Anna Akhmatova y es miembro del Sindicato de Escritores de Rusia. Versiones directas del ruso de José María Zonta.

Katho Gómez [Barranquilla, 1980] es psicóloga de la Universidad Simón Bolívar y durante muchos años trabajó como visitadora médica. La mayoría de sus cuentos cortos crónicas y poemas están en www.kathogomez.blogspot.com Vive en España.

Jesús Montoya [Tovar, 1993] es estudiante de Literatura Hispanoamericana y Venezolana de la Universidad de Los Andes. Algunos de sus textos han aparecido en revistas como *Los poetas del 5 editora*, *Gentemergente*, *La ira de Morfeo*, *El recital*, *Dos Disparos* y *Salitre*.

لكل شيء إذا ما تم نقصان

لِكُلِّ شَيءٍ إذا ما تمَّ نُقصَانُ * * * فلا يغرُّ بطِيب العَيشِ إنسانُ
سره زمنٌ ساءتهُ أزمانُ هيَ الأمورُ كما شاهدتُها دُولٌ * * * من
وَهَذِهِ الدَّارُ لا تبقِي على أحدٍ * * * ولا يدُومُ عَلَى حَالٍ لَهَا شانُ
أين المُلُوكُ ذوي التِّيجانِ مِن يمنٍ * * * وأين منهم أكاليلٌ وتيجانُ
وأين ما شادهُ شدادُ في إرمٍ * * * وأين ما ساسهُ في الفُرسِ ساسانُ
نهبٍ * * * وأين عادٌ وشدادٌ وقحطانُ نم نوراق هزاح ام نيأو
أتى على الكل أمرٍ لا مرد لهُ * * * حتى قضوا فكأن القوم ما كانُوا
وصار ما كان من ملكٍ و من ملكٍ * * * كما حكى عن خيال الطيف وسنانُ
كأنما الصعب لم يسهل له سببٌ * * * يوماً ولا ملك الدنيا سليمانُ
وللزمان مسراتٌ وأحزانُ * * * فجائع الدنيا أنواعٌ منوعةٌ
وللحوادث سلوانُ يسهلها * * * وما لما حل بالإسلام سلوانُ
هي الجزيرة أمرٌ لا عزاء لهُ * * * هوى له أحدٌ وانهد شهلانُ
أصابها العينُ في الإسلام فارتزأتُ * * * حتى خلت منه أقطارٌ وبلدانُ
أين جيانُ مأ ةبطاش نيأو * * * ةيسرم نأش ام ةيسنلب لأساف
وأين قرطبةُ دار العلوم فكم * * * من عالم قد سما فيها له شأنُ
وأين حمصُ وما تحويه من نزهٍ * * * ونهرها العذب فياض وملآنُ
قواعد كن أركان البلاد فما * * * عسى البقاء إذا لم تبق أركانُ
تبكي الحنفيةُ البيضاءُ من أسفٍ * * * كما بكى لفراق الإلف هيمانُ
على ديارٍ من الإسلامِ خاليةٌ * * * قد أقفرت ولها بالكفر عمرانُ
حيث المساجدُ صارت كنائس * * * ما فيهنَّ إلا نواقيسٌ وصلبانُ
حتى المحاريب تبكي وهي جامدةٌ * * * حتى المنابرُ تبكي وهي عيدانُ
يا غافلاً وله في الدهرِ موعظةٌ * * * إن كنت في سنةٍ فالدهرُ يقظانُ
اشياً مرحاً يلهيه موطنهُ * * * أبعد حِمصٍ تغرُّ المرءُ أوطانُمو
تلك المُصيبةُ أنست ما تقدمها * * * ومالها من طوالِ الدهرِ نسيانُ
يا راكبين عتلق الخيل ضامرة * * * كأنها في مجال السبقِ عقبانُ
وحاملين سيوف الهند مرهفةً * * * كأنها في ظلام النقع نيرانُ
ين وراء البحر في دَعَةٍ * * * لَهُم بأوطانهم عزٌ وسلطانُوَرَاتِعِ
أعندكم نبأٌ من أهلِ أندلُسٍ * * * فقد سرى بحديثِ القومِ ركبانُ
كم يستغيثُ بنا المُستضعفُونَ وهم * * * قتلى وأسرى فما يهتزُّ إنسانُ
لمثلِ هذا يبكي القلب من كمدٍ * * * إن كان في القلبِ إسلامٌ وإيمانُ

Texto original de *La caída de Sevilla* de Abu Mohammed Salih Ben Abi Charif al-Rundi (دمحم وبأ صالح بن أبي الشريف الرندي)